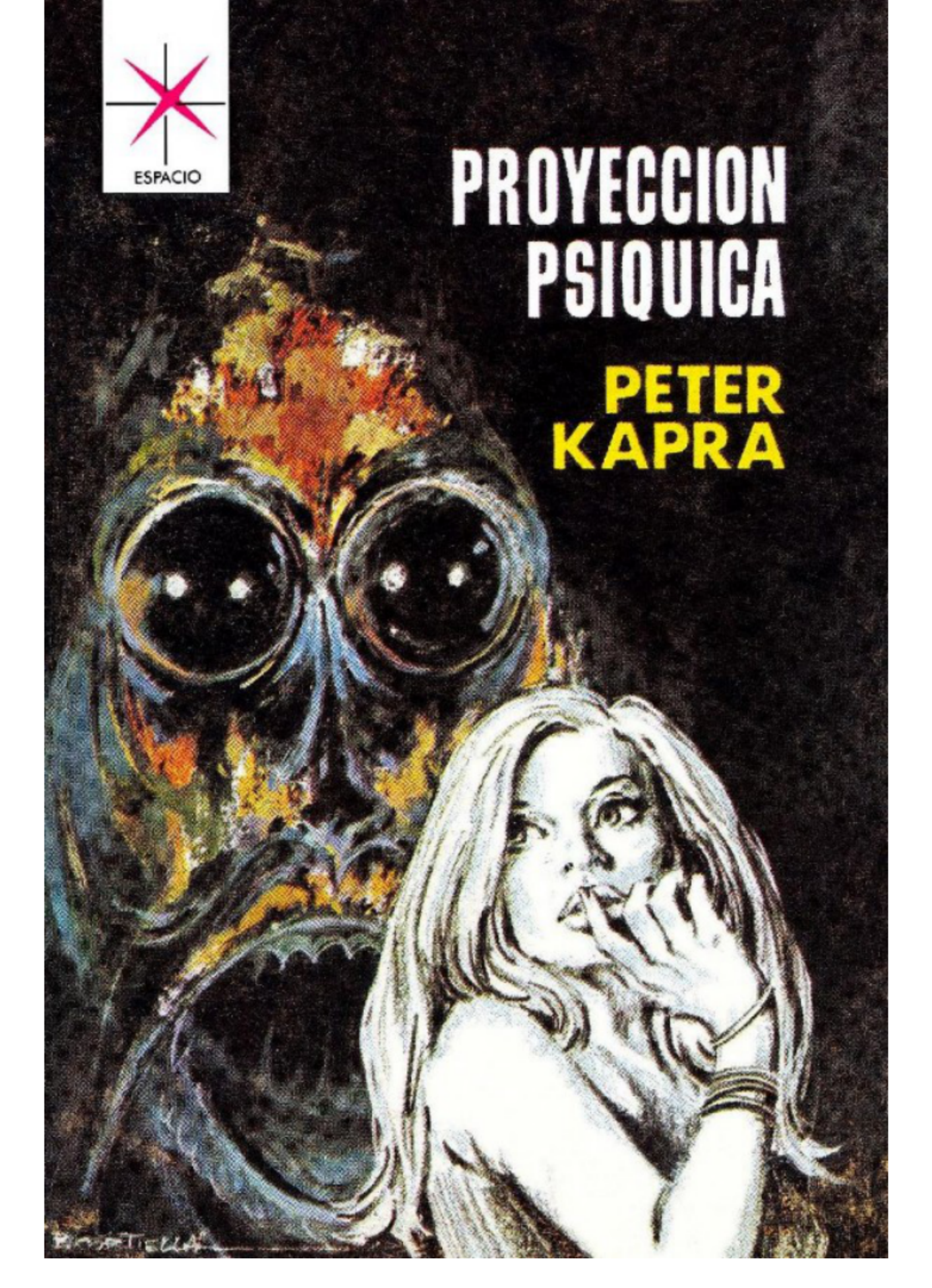

ESPACIO
PROYECCION PSIQUICA
PETER KAPRA

PETER KAPRA

Proyección psíquica

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito legal: B. 28.423-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

Capítulo Primero

UN CASO PSIQUIÁTRICO

A través del interfono, la voz de la enfermera llegó hasta el doctor Smolley, director del Hospital de Elk City (Oklahoma).

— Está aquí el agente Vance, acompañado de un montañés.

— Dígale que pase, señorita Halley.

La puerta se abrió, y el policía Vance pidió permiso para entrar, quitándose la gorra.

— Buenos días, doctor. Éste es Pete Newry, el pastor que encontró el cuerpo de su compañero Haggen. Parece ser que se conocen desde hace tiempo.

El doctor Smolley se levantó y examinó brevemente al pastor de ovejas que acompañaba al policía Vance. Era un hombre menudo, de unos treinta años, con ropas descoloridas y propias de la gente del campo, expresión tímida y mirada huidiza.

— Siéntese, señor Newry. ¿Estaba usted cerca de Vic Haggen, cuando estalló la tormenta?

— No... Cerca no... Pero había pasado junto a él horas antes, con mi rebaño. El tiempo amenazaba tormenta... El patrón nos tiene dicho que abandonemos los riscos si hay tempestad... Vic y yo trabajamos para Mr. Olmedo.

— Por favor, señor Newry — reiteró el doctor Smolley—. Mi pregunta es si estaba usted cerca de Haggen cuando cayó el rayo.

— No... A dos millas... Tenía mucho miedo... Pero yo sabía que Vic estaba en los riscos. Tiene la costumbre de sentarse en los lugares elevados, para vigilar las ovejas. Y, a veces parece estar dormido, quieto, como si formase parte de la roca sobre la que se sienta.

El doctor Smolley sonrió.

— ¿Qué le hizo suponer que su compañero había sido alcanzado

por un rayo?

— Yo había visto a Vic poco antes, sentado en un picacho. El cielo se agitó bruscamente. Sopló un fuerte viento y empezó a tronar. Por esto corría hacia los cobertizos de la vaguada.

»Mientras corría, pensé en él. Me volví, pero había demasiada bruma en lo alto. Y estaba mirando cuando las nubes se volvieron azules y rojas. Inmediatamente estalló el trueno, fortísimo, como una bomba enorme.

»Pensé que si había alcanzado el rebaño de Vic, no habría dejado ninguna oveja viva.

— ¿Y no vio usted el rayo?

— No. Sólo la luz... Un gran destello.

— ¿Qué hizo usted después?

— Correr hasta los cobertizos. El rebaño me siguió, azuzado por los perros y el fragor de la tormenta.

Smolley consultó unos papeles que tenía sobre la mesa y preguntó:

— ¿Y por qué subió usted luego hasta donde se encontraba su compañero?

— Llegaron ovejas de su rebaño, acompañadas por dos perros. Pero Vic no bajó. ¡Y vi que algunos animales estaban chamuscados! Aquello me alarmó. Era evidente que alguna chispa eléctrica les había alcanzado.

»Y no me equivoqué. Encontré a Vic tendido en el suelo, con la cara completamente negra, desnudo, sin pelo, en medio de las ovejas muertas.

»A primera vista, creí que estaba muerto... ¡Imagínese mi impresión! Pero al acercarme lo vi temblar, moverse aún. Por eso no quise tocarle y salí corriendo, dejándolo todo como estaba. Llegué hasta el poste donde está el teléfono y llamé al señor Olmedo, quien avisó a la policía y a una ambulancia.

»Cuando llegaron ellos, les indiqué el camino y luego me ocupé en sepultar a las ovejas muertas.

— Hábleme usted de Haggen, señor Newry. ¿Cómo era?

— Vic era poco hablador... ¿Acaso ha muerto?

— ¡No, no! Al referirme en tiempo pasado, aludo a cómo era antes de ser víctima del rayo. Vic Haggen está vivo, pero su estado me tiene muy preocupado. ¿No tiene familia?

— No. Creo que sus padres murieron en un accidente, siendo él muy joven.

— ¿Tiene ahora veintiocho años?

— Sí — dijo el agente Vance.

— Supongo que irían ustedes a la ciudad, de vez en cuando, en sus días libres, ¿no es así?

— Pues no — contestó Newry —. Vic se quedaba en el rancho. Paseaba solo. Contestaba muy brevemente, si le preguntábamos algo.

— ¿No tenía amigas?

— No, que yo sepa... A decir verdad, estaba un poco... ¿Cómo decirle a usted?... Como chiflado.

— El señor Olmedo dice que consideraba a Vic Haggen como un retrasado mental — declaró el policía Vance —. Sus palabras fueron: «Vic es como un chico de trece o catorce años».

— ¡Ya; entiendo! — dijo el doctor Smolley, haciendo unas anotaciones en un bloc—: Introvertido... Retraso mental... Psicópata inofensivo... Jamás discutió o se alteró con nadie, ¿verdad?

— Nunca, señor doctor. Vic es fuerte, alto, recio... Habría sido un excelente luchador. Pero nunca tuvo ningún altercado con nadie... Ni siquiera el día en que otro pastor, que ya no está con nosotros, dijo que le habían quitado cigarrillos de su armario, y acusó a Vic, tratando de golpearle.

— ¿Qué hizo él? — preguntó Smolley.

— Nada. Se dejó zarandear, replicando que él no había sido. Nosotros le separamos del otro. No creo que Vic robase los cigarrillos, pero a él se le podía culpar, e incluso insultar. Se comportaba como si no comprendiera nada... ¡Ah, y le gustaban los caramelos! El señor Olmedo, cuando iba a caballo a visitar los rebaños, le llevaba caramelos a Vic.

El doctor Smolley efectuó varias anotaciones. Luego, hizo a Pete Newry algunas preguntas más, triviales, aunque una de ellas dejó perplejo al pastor.

— Dígame, señor Newry, ¿era Vic Haggen dado a la fantasía? ¿Decía cosas raras? ¿Disparates?

— No, no. Ya le he dicho que hablaba muy poco.

— El señor Olmedo me dijo que aprecia mucho a Vic — intervino de nuevo el policía Vance—. Cuidaba con cariño de las

ovejas y jamás les tiraba piedras, como hacen otros pastores.

— ¿No observaron nunca en él nada anormal?

— No — respondió Newry—. ¿Cómo se encuentra Vic, doctor?

Smolley se frotó la frente, con gesto de cansancio. Luego contestó:

— Vic Haggen está bien. No se preocupe, señor Newry.

— ¿Volverá pronto a la majada?

— No, me temo que no. Debe continuar aquí en observación. Es un caso extraño... ¡Muy extraño!

* * *

Vic Haggen, con la cabeza brillante y sin cabello, como si hubiera sido afeitado recientemente, yacía en una habitación amplia, sobre un blanco lecho.

Estaba singularmente rígido, mirando al techo con los ojos abiertos, y ofrecía una expresión de intensa concentración, como ocupado en pensar cosas de transcendental importancia.

Era alto, como de un metro noventa, robusto y atlético, de fuertes bíceps y abultados pectorales, como hombre habituado a ejercicios físicos pesados. Su rostro, empero, era aniñado, casi infantil.

La piel de su cara, que días atrás estuvo violácea y azulada, ahora había recobrado su pigmentación normal, al igual que sus fuertes manos.

Vestía un pijama blanco y estaba cubierto con una sábana hasta el pecho.

De pronto, Vic se incorporó del lecho y tomó el teléfono que había sobre la mesita de noche.

— Señorita Halley, por favor — habló con ansiedad—. Tiene usted que llamar a Geary... ¡Es muy urgente! Comuníquese con la policía de tráfico y dígales que intercepten un automóvil «Ford-Mark», matrícula 140-TU-245, de color verde... ¿Ha tomado usted nota, señorita Halley?

— Sí, sí — contestó la voz tensa de la telefonista del hospital.

— En ese coche vienen hacia aquí el profesor Brennan y una sobrina suya. Si no son interceptados y avisados a tiempo, se estrellarán contra un camión que sufrirá un reventón y se

precipitará contra ellos.

— ¡Pero...!

— ¡Haga lo que le digo, por el amor de Dios!

— Sí, lo haré, señor Haggen.

Vic colgó el teléfono y volvió a tenderse en el lecho, con los ojos entornados. En esta actitud le sorprendió el doctor Smolley, cinco minutos después, al entrar en la habitación, muy excitado.

— Haggen, ¿está durmiendo?

— No, doctor — contestó el paciente, sin moverse.

— ¿Qué me ha dicho la señorita Halley de un accidente de automóvil? ¿Cómo sabe usted que...?

— No se lo puedo explicar, doctor. Lo he visto... Sé que aún no ha ocurrido y que, si la señorita Burns es advertida, no sufrirá percance alguno... En cambio, no puedo localizar al camión... ¡No lo veo!

— ¡Pero usted ignoraba que el profesor Brennan viene precisamente a verle a usted!

— Lo sabía — contestó Vic Haggen—. Lo sé... Tengo una enorme dosis de electricidad en mi cerebro.

El timbre del teléfono pareció sobresaltar al paciente, quien se agitó y extendió la mano Smolley, sin embargo, se anticipó a descolgar el auricular.

— Sí... Sí, sí... Muy bien... Gracias, señorita Halley... ¿Le ha dicho que me llame?... Perfectamente.

Smolley colgó el auricular y miró a Vic, en cuyos ojos parecía asomar la curiosidad.

— La policía de tráfico de Geary está advertida...

— Si, ya sé, doctor. El agente Philby ha dicho que, allí no están para esta clase de bromas. Pero que, tratándose del hospital de Elk City, avisarán al «Ford-Mark» y advertirán a sus ocupantes del peligro de un camión que ha de cruzarse con ellos... Muy burlón el agente Philby.

Smolley se sentó al borde del lecho de Haggen.

— ¿Qué haría usted en su puesto, Haggen?

— Yo no cuento, doctor Smolley Lo que me ocurre debe ser extraordinario para sus pobres conocimientos neurológicos. Yo ignoraba todo lo que ahora sé... Antes del accidente, yo no veía como ahora. ¿Quiere que le diga quién es el agente Philby?...

Grueso, con una cicatriz en la ceja izquierda, tres dientes de oro, un metro setenta...

— No es necesario, Haggen. Le creo He estado hablando con Pete Newry, su compañero de trabajo.

Vic Haggen sonrió.

— ¡Ah, Pete! Un buen hombre. Muy simple, pero bueno. Le ayudaré en las carreras de caballos. ¿Cree usted que eso es justo?

— ¿Puedes adivinar el caballo ganador en las carreras?

— Sí. ¿Quiere usted apostar también?

Smolley tragó saliva y dijo:

— Creo que no sería honrado.

— Desde luego. Usted no necesita ganar unos miles de dólares. Pero Pete se sentiría muy feliz. No es necesario que le vea... Le hablaré.

— ¿Cómo lo hace?

— Pienso en Pete... Creo que algo de mi psiquis llega hasta él. Es una proyección mental, como las ondas hertzianas. Eso puede hacerlo usted también, pero en estado subconsciente, y por ello no se da usted cuenta. El «receptor» capta su onda, pero también está «inconsciente». ¿Me comprende usted?

— Sí, Haggen. He leído a Freud y a Jung. Eso lo sugirieron ellos, pero no está probado. El subconsciente no se comunica con el consciente nada más que en estado onírico especial.

— Fuerza mental, doctor Smolley — replicó Haggen seriamente —. Usted ha comprobado que las radiaciones de mi mente son extraordinarias. Y ha escrito en sus notas que, si supiera dónde aplicarme dos cables, se podría encender una bombilla de doce voltios. ¿Y le asombra que yo pueda comunicarme con Pete y decirle que adquiera boletos para una determinada carrera?

— No, Haggen. No me asombra. Yo sé que eso es posible, pero no creí que nadie pudiera saber lo que va a suceder en un futuro más o menos próximo. El futuro no existe.

— Está usted en un error, doctor Smolley. Vivimos en un mundo tridimensional. Sólo ancho, largo y alto... Pasado, presente y futuro... Antes, ahora y después... Pero todo es lo mismo, sin ser igual. ¿Me entiende?

— No.

— Yo le veo a usted. Estamos aquí, ahora. Son las doce y quince

minutos... Pasa un segundo, otro... El presente se hace pasado a cada instante... ¡Y vamos penetrando en el futuro! ¿Lo entiende así!

—Sí, de acuerdo. Pero la mente humana no está capacitada para esa prolongada penetración que usted dice.

— Yo no era capaz de ver el futuro hasta que el rayo me envolvió y pulverizó mis ropas y mis ovejas. ¿Qué ocurrió? Que, en vez de morir como cualquier mortal, mi cerebro «absorbió», por decirlo de algún modo, parte de la terrible descarga eléctrica.

»Soy algo así como un condensador humano — Vic Haggen sonrió ampliamente—. Y la verdad es que no sé si estoy vivo o muerto.

— Fisiológicamente, está usted vivo. Su corazón late, su mente discurre...

— ¡Pero no soy normal!

— No. E ignoro lo que sucederá luego.

— No va a suceder nada. Y lo sé. Voy a ser una especie de fenómeno científico. Y no quiero defraudarle, doctor. Un hombre como yo puede enseñar mucho a la ciencia.

»El profesor Brennan, por ejemplo, al que usted admira, se quedará anonadado cuando me conozca.

— Si usted conoce el futuro, ¿podrá vivir tranquilo? — preguntó Smolley.

—Alto, deténgase, doctor — le atajó Haggen secamente—. Conozco lo que me conviene. ¿Quiere que empiece a hurgar en mi mente hasta llegar al final? ¡Eso es absurdo! No me conviene. Desde luego, sabría mi destino. Y eso es tanto como vivir por adelantado. Llegaría a la muerte y... ¡moriría!

»He pensado en eso y lo he esquivado. Conozco mi fuerza. Y también mis limitaciones. La vida tiene un límite. Todo está limitado por leyes naturales, y yo no soy una excepción.

— Comprendo, Haggen. Si todo cuanto dice es cierto, será usted famoso y millonario muy pronto.

—No. Estoy convencido de que no. Además, no me interesa. La fama y el dinero no lo son todo. No soy vanidoso, ni me gustan las multitudes que aplauden. En realidad, ser famoso es una tragedia. Uno no puede ir por donde quiere sin verse rodeado de personas extrañas. Los famosos pagan un alto tributo a la gloria.

»En cuanto al dinero... Bien, eso también tiene su medida. Puedo

tener todo el oro que quiera. ¿Cómo? ¿Me presta su llavero, doctor? Esto lo averigüé anoche... ¿Sabe que apenas duermo? La noche pasada dormí una hora escasa. Estoy averiguando muchas cosas. Es como hacen los niños cuando llegan los regalos de los Reyes Magos... La excitación les quita el sueño. Quieren jugar con todos los objetos a la vez... Gracias... Tomaré esta llave. Es de un archivo médico... Fíjese.

Vic Haggen había tomado una de las llaves, tras sacarla del llavero, el cual devolvió a Smolley. Se quedó con una de las llaves estriada en la mano, mirándola con fijeza.

— Observe usted, doctor Smolley... ¡Ya empieza a cambiar de color! ¡Véale! ¡El hierro se ha transformado en oro!

Atónito, Smolley no daba crédito a sus ojos. Se puso en pie, como asustado del extraño poder mental del paciente.

— ¿Qué le parece, doctor? — preguntó Haggen, tendiendo la dorada llave a Smolley—. Téngala. Es suya. Puede que se le rompa dentro de la cerradura. No la utilice, pero consérvela... Y puede analizar la pureza del oro — Haggen sonrió—. No le obsequiaría con un chapado barato.

Smolley tomó la llave con gesto aprensivo, como si se tratase de un objeto hechizado.

En aquel instante, volvió a sonar el teléfono.

— Es para usted — dijo Haggen—. Le llama el profesor Brennan.

Smolley ya no se sorprendía de nada. Tomó el auricular y dijo:

— Sí, aquí Ian Smolley... ¿Cómo está usted, profesor Brennan?... Me alegro... Sí, sí... Está relacionado con el caso de que le hablé... El mismo... Adivinó lo que iba a ocurrir... Sí, sí. Naturalmente, nos apresuramos a llamarle. Yo ignoraba que venía usted en automóvil. Y menos que le acompañaba su sobrina ...Sí, sí... Todo me lo ha contado Haggen... ¡Más que asombroso, profesor; puede estar seguro!... Sí, sí... No se preocupe. Tenemos un excelente aliado en él... Bien, bien... Sí... Entonces, hasta las cinco. Sí, desde luego que estaré aquí... Gracias y buen viaje.

Smolley colgó el teléfono y se volvió a Haggen.

— El profesor Brennan me ha rogado que le dé a usted las gracias.

— Su sobrina Marta es muy bella — habló Vic Haggen.

— ¿De veras? No la conozco.

— Es licenciada en Parapsicología. Ayuda a su tío en la Universidad. Está muy interesada por mi caso y no quiero defraudarla.

— ¡No la defraudará usted, se lo aseguro! — exclamó Smolley, mirando la llave de oro que tenía entre los dedos—. Si alguien me dice que esto puede ser, habría firmado su inmediato internamiento en un centro psiquiátrico.

— Le creo, doctor Smolley. Y, sin embargo, tiene usted que llevarse todavía más sorpresas… ¡Ah, por favor! Le ruego que no dé usted mucha publicidad de mi caso… Que no lo divulgue demasiado. Yo me defenderé de la prensa y los medios informativos… Discreción, ¿me entiende?

— Sí, Haggen. De momento, sólo he informado al profesor Brennan. De lo que él me diga, consultaré con usted… ¡Es el primer paciente de cuantos he tenido que sabe más que yo, sin haber estudiado!

— La humanidad ha estudiado por mí durante más años de los que usted pueda imaginar — terminó Haggen.

Capítulo II

ENCUENTRO EN EL MAS ALLÁ

Marta Burns era, más que hermosa, maravillosa. Incluso el doctor Smolley hubo de admitir que no había conocido jamás una mujer igual. Esbelta, bien proporcionada, de cintura estrecha y busto prominente y firme, cuello largo, piernas modélicas y brazos armoniosos.

Tenía un rostro fascinador, de los que suelen verse en las pantallas de cine y televisión, ligeramente ovalado, adornado con enormes ojos oscuros, de largas pestañas naturales, labios rojos y dientes blancos, y vestía con discreta y cómoda elegancia.

Desde luego, más parecía una maniquí que una licenciada.

Su tío, el profesor Anthony Brennan, por el contrario, era la viva estampa del clásico catedrático, sexagenario, de cabellos blancos y revueltos, gafas, ropas deformadas y expresión simpática.

En compañía de Ian Smolley, entraron en la sala ocupada por Vic Haggen, quien se encontraba recostado contra la almohada y con las manos cruzadas sobre el vientre.

— Éste es Vic Haggen — presentó Smolley, muy ufano.

Marta y su tío se acercaron al lecho, uno por cada lado.

Vic tendió la mano al profesor y luego a su sobrina, reteniendo la de ella unos segundos más.

— Mucho gusto en verte, Marta... Pero ya te conocía — declaró.

Aquella familiaridad agradó a la joven, pero sorprendió a los otros dos hombres.

— Recibimos tu aviso... Y nos cruzamos con el camión averiado. Efectivamente, invadió la calzada contraria. Y nos detuvimos a preguntar al conductor. Según la hora que nos dijo, si no nos advierte la policía en Geary, nos habríamos hallado sobre aquel punto al ocurrir el reventón y, probablemente, nos habríamos estrellado.

— Dígame, señor Haggen — habló el profesor, tomando asiento en la butaca que Smolley había hecho colocar para aquella importante visita, y que Marta Burns rechazó, para sentarse en el borde del lecho, de cara a Haggen —, esa premonición, ¿cómo surgió?

— Premonición no es la palabra exacta, profesor — contestó Haggen—. Ni siquiera adivinación. Los hechos «podían» haber ocurrido. El peligro estaba, pero no quiere decir que «tenía» que ocurrir.

»Yo no adiviné... Vi mentalmente. Yo estuve en la carretera entre Geary y Clinton. No fue premonición, puesto que mi subconsciente estuvo allí. Yo traté de comunicarme con ustedes dos, sin conseguirlo. Y es curioso... ¡Penetré, incluso, en sus mentes, y les dije lo que iba a ocurrir! Pero sus subconscientes no les comunicaron mi mensaje.

Tanto el profesor Brennan como su sobrina escuchaban a Vic con interés concentrado y profundo.

—No me cabe duda de que son una serie de circunstancias extraordinarias. La telepatía no es un fenómeno para nosotros. Y, sin embargo, lo extraordinario en verdad es el origen de este caso... ¡Un rayo!

— Efectivamente, profesor Brennan. Fue una descarga eléctrica... Absolutamente natural.

— Lo natural es que estuviese usted ahora carbonizado, hijo mío — contestó el profesor.

— ¿Estuviste mucho tiempo inconsciente, Vic? — preguntó Marta.

—Sí. Me recuperé aquí, en el hospital. El rayo cayó y me fulminó. Pete Newry, un compañero, acudió a ver qué había ocurrido, al cabo de un largo rato; luego fue a pedir ayuda, llegó la policía y la ambulancia y, por fin, me trasladaron aquí.

— Una dos horas y media más tarde, señorita Burns.

— Por favor, doctor Smolley; llámeme Marta. — La joven se volvió hacia Vic—. ¿Y cuándo observaste la mutación?

— A los pocos instantes de recobrar el sentido. Lo primero que capté fue el asombro del doctor Smolley ante el osciloscopio. No podía creer que mi cerebro emitiera aquella línea tan ancha y brillante. «No está descompuesto el osciloscopio, doctor Smolley —

le dije —. Se encuentra usted ante un caso insólito».

—En efecto — admitió Smolley—. Eso fue lo que me dijo... Estaba negro, sin pelo, desnudo... ¡Y me quedé petrificado al oírle pronunciar mi nombre! Yo no le conocía y me habían dicho que era un pastor de ovejas, alcanzado por un rayo

— ¿Es usted capaz de decirme el número que tengo en la mente? — preguntó el profesor Brennan.

Vic sonrió.

— Sí... Y puedo decirle el día, la hora y el segundo en que se le cayó a usted el primer diente. Puedo remontarme en su árbol genealógico hasta los tiempos del rey Arturo. Le puedo elevar a la potencia que quiera ese mismo número que es el 23.456.875, sacar su raíz cuadrada, cúbica y...

Brennan se había quedado sobrecogido. Sólo pudo articular:

— ¡Portentoso!

— Por favor, tío. Vic no es un medium o un clarividente. Creo que su caso será muy frecuente dentro de cinco mil o diez mil años.

Vic sonrió y preguntó:

— ¿Cómo serán los hombres en ese tiempo, Marta?

— Es una suposición. Yo creo que tu cerebro, sobrecargado de energía eléctrica, ha sufrido una mutación; psíquica.

— Exactamente. Veo que me has comprendido.

— ¿Me has transmitido tu pensamiento?

— No hago otra cosa. Mi pensamiento «flota», por expresarlo de algún modo, en torno a mí. Se proyecta, a voluntad, a larga distancia. Yo lo oriento y dirijo y trato de hacerlo penetrar en la mente de los demás. Eso es telepatía.

— Sí, pero nosotros no somos capaces de «captarte»— apoyó Marta,

— Ciertamente. Ésa es mi dificultad. Puedo hablar con tu subconsciente, decirle lo que pienso y obtener respuestas claras. Pero tu subconsciente no te informa de lo que yo y él hablamos. En cambio, mi consciente y mi subconsciente hemos eliminado esa barrera y nos comunicamos en ese más allá metafísico de lo incognoscible, que muchos llaman fenómeno esotérico.

— ¡Ése es el principio de la parapsicología! ¡Es maravilloso, Vic, todo lo que te ocurre! — exclamó Marta, entusiasmada.

— ¡Ah, si fuese eso sólo! — añadió Smolley —. Pero Vic es

mucho más inquietante que vivir con un proyectil atómico en el sótano de casa... Vic se va mentalmente a Siberia y su cuerpo se queda aquí, charlando con nosotros.

Vic sacudió la cabeza.

— Siento desilusionarle, doctor Smolley. Puedo irme a Siberia físicamente, en cuerpo y alma... ¡Y desaparecer de aquí, así!

Marta emitió un grito, poniéndose en pie de un salto, al ver volatizarse el cuerpo de Vic Haggen, con pijama inclusive, dejando que la sábana que antes le cubría descendiera lentamente al desaparecer el obstáculo que la tenía levantada.

—¡Esto es... increíble! — exclamó el profesor Brennan—. ¡Inaudito! ¿Dónde está?

— Aquí — dijo la voz de Vic, desde el techo.

¡Todos levantaron la cabeza, viéndolo tendido, horizontalmente, en el techo!

— Pero... — empezó a decir Smolley, trémulo.

— En un segundo ha estado en Yakutsk y he vuelto... Esto es otra demostración de lo que ustedes llaman levitación... Perdón.

Vic desapareció del techo y surgió de nuevo en la cama, cubierto con la sábana como había estado antes.

Ahora, Marta no se sentó junto a él, sino que permaneció algo separada, mirándole como si tuviese a un monstruo frente a ella.

— Una mujer siberiana me ha visto aparecer ante su ventana y se ha llevado un susto muy grande — Vic sonrió—. Y no me ha costado esfuerzo alguno el viaje... ¿Alguien ha visto viajar tan rápido? Ocho mil trescientas doce millas en una fracción de segundo... La velocidad de la luz, exactamente... ¡Ah, profesor, le entiendo! No se trata de antigravedad... Es potencia mental. Yo no anulo la gravedad, sino que opongo a ella la misma resistencia que la gravedad ejerce sobre mí, situándome, «sin peso», a cualquier nivel.

»Y lo mismo puedo hacer con cualquiera de ustedes, o con un objeto, por pesado que sea ...Por ejemplo, ese sillón...

Al decir esto, el sillón que no había ocupado Marta Se elevó, hasta quedar suspendido a un metro del suelo, permaneciendo así, completamente inmóvil en el aire.

— Traten de moverlo — pidió Vic tranquilamente — Ni una bomba de cien megatones lo lograría.

La demostración no podía ser más definitiva y concluyente. Tanto el profesor Brennan como Smolley y Marta trataron de mover el sillón, pero sin éxito. Vic Haggen, sin un gesto, ni pestañear siquiera, lo hizo descender, dejándolo suavemente sobre el piso.

— ¡Transforma el hierro en oro con el pensamiento! — añadió Smolley.

— Y el agua en licor.

— ¿Y es usted de carne y hueso? — preguntó Anthony Brennan, aturdido.

— Sí. Y hace ocho días estaba cuidando ovejas en los montes, a diez millas de aquí. Tengo veintiocho años y, según dicen, era un poco retrasado mental.

— ¡Increíble! — exclamó Marta, saliendo al fin de su estupor—. Imagine, tío Tony... ¡Un hombre así es capaz de transformar a toda la humanidad! ¿Se da usted cuenta lo que ocurriría si todos tuviésemos ese poder?

— En eso estaba pensando, hijita.

— Pues deje de pensarlo, profesor — habló Vic—. Mi mente no estará al servicio de ningún país. ¿Cree que no pienso en mi propia fuerza?

»¿Cree que si se entera el Presidente Harlan de que este extraño ciudadano puede leerle el pensamiento a distancia no hará algo para impedírmelo, aunque sea nombrándome su consejero privado?

»¿Creen ustedes que no puedo aniquilar a una persona a distancia? Si me concentro en alguien, puedo hacerlo estallar como si fuese una granada o hacerle desaparecer para siempre de la faz de la tierra, sin dejar rastro.

»Conozco mi fuerza, mi poder y mi capacidad, que, por ahora, nadie supera en este mundo. Prácticamente, lo puedo todo. Y, paradójico o no, aunque no lo crean ustedes, no me interesa utilizar esa fuerza.

»Antes, yo era un pastor, sin más conocimientos que los de un muchacho que come cuando tiene hambre y bebe cuando siente sed. Sabía que el cielo está tachonado de estrellas y que el disco brillante de la noche se llama Luna, el del día Sol, y no muchas cosas más.

»Sin embargo, en mi cerebro había una gran sabiduría que nadie me ayudó a desvelar. Ustedes saben que las leyes genéticas son

exactas. Nuestros padres, abuelos, bisabuelos y antepasados nos transmiten en los genes hereditarios todo el conocimiento que ellos acumularon durante siglos.

»Nosotros somos sumamente sabios, pero ignoramos cómo utilizar esos datos, registrados en las células secretas del cerebro. La educación consiste, pues, en despertar el «recuerdo» dormido durante el sueño del nacimiento y la vida.

»Ustedes han sido educados. Yo no lo he sido... Y, sin embargo, una chispa eléctrica ha descubierto en mí más conocimientos y saber del que puedan adquirir en toda su existencia.

»No quiere esto decir que una fuerte descarga eléctrica sea el camino de la enseñanza futura, porque en la mayor parte de los casos, en vez de «despejarse» la mente, lo que se encuentra es la muerte.

»No prueben, por consiguiente, a repetir mi fortuita experiencia, porque mi caso, posiblemente, sea único. Pero es real. Estoy aquí. Y me encuentro, de súbito, en un mundo que antes era inmenso, dada mi ignorancia, y ahora se ha quedado pequeño, debido a mis conocimientos.

»Puede revelarles infinidad de secretos. Puedo señalar a ustedes los enormes errores cometidos por la humanidad, tanto en el terreno científico, histórico, arqueológico o, sencillamente, médico.

»Y, sin embargo, no haré nada de eso. No voy a divulgar nada que ustedes no sepan. No voy a pretender gloria, ni honores, ni riquezas. Quiero que me dejen ustedes salir de aquí libremente, que no me persigan, ni me acosen, ni divulguen lo que han visto.

»Deseo ir a recorrer el mundo, para lo que no necesito dinero ni pasaportes. Deseo ver, por mí mismo, realmente, lo que ahora veo por medios metafísicos y antes ni siquiera conocía.

Vic se detuvo y centró su mirada en Marta, para preguntar:

— ¿Te gustaría venir conmigo?

— ¡Oh, sí! —exclamó ella, sin pensarlo siquiera.

* * *

— Algún día, creo — estaba diciendo Vic, mientras paseaba con Marta por el jardín del hospital, ahora vestido con un pantalón azul y un jersey gris, pero con la cabeza sin cabello — que mi poder

psíquico se irá disipando.

»Yo me daré cuenta al tratar de proyectar mi mente hacia cualquier latitud, pretendiendo saber o conocer algo. Pero podré rehabilitarme. Conozco perfectamente la energía eléctrica que necesito para alimentar de pseudociencia que daban hace años en la televisión. Vi uno particularmente curioso.

»Ponían a un hombre dentro de un tubo de cristal, con un cátodo en los pies y un ánodo en la cabeza. Desde un control próximo, le enviaban una fuerte corriente eléctrica, que el individuo absorbía, alimentándose de este modo, para poder continuar viviendo.

»Yo sé que, al consumirse la energía de mi cerebro, volveré a ser como era antes, pero conservaré una serie de conocimientos adquiridos ahora. Tal vez no me convenga, llegado ese momento, ser lo que soy ahora — Vic sonrió—. ¡Las fuertes descargas me estropean la piel y destruyen mi cabello!

— Mi tío quiere pedirte permiso para escribir una memoria sobre tu caso, pero sin mencionar nombres.

— Lo sé, Marta. En verdad, tu tío anhela poder decir a sus colegas que yo existo. Es humano. Pero se expone a quedar mal ante ellos, si no puede demostrar lo que dice.

— Es que... Bueno, quiere demostrarlo. Y alega que tú puedes comparecer ante un Congreso de hombres de ciencia, no forzosamente a cara descubierta.

— ¿Disfrazado de chófer de autobús? — preguntó él.

Estaba en una alameda solitaria. Él se había detenido. Y su aspecto, fisionomía, contextura y ropas, cambiaron súbitamente apareciendo vestido como un chófer de autobús, mofletudo, rechoncho, sonriente.

Marta tuvo un sobresalto.

— ¿O como un orangután africano?

El conductor de autobús se transformó en un peludo y gigantesco orangután que impresionó a la joven.

— ¿Cómo haces esto?

— Muy sencillo. Proyecto esa imagen en tu mente — habló Vic, recobrando su aspecto normal—. Pero también puedo «apoderarme» de un cuerpo cualquiera. ¿Quieres verte a ti misma desdoblada?

Vic Haggen se transformó en una Marta Burns, exacta réplica y

vestida del mismo modo, que la que estaba mirándola boquiabierta. Y hasta escuchó su propia voz, que le decía:

— ¿Puedo pasar por tu hermana gemela?

— ¡Oh, Vic! ¿Me tienes hipnotizada?

— No, ahora no. Te suplanto. Me he deformado o, mejor dicho, perfeccionado, porque tú eres mucho más hermosa que yo — Vic recuperó su personalidad y tomó del brazo a la aturdida Marta—. Qué poco sabes, ¿verdad?

— Nada, Vic... No salgo de una sorpresa y entro en otra. ¿Es que tus recursos no se acaban?

— Son los recursos de la mente... ¡ilimitados! ¿Quieres comer algo? Te invito en un restaurante.

Como si Vic hubiese hecho un pase mágico, envolviéndoles a ambos en un hechizo extraordinario, Marta se encontró, de súbito, sentada ante una mesa, en un restaurante... ¡de Madrid, en España!

Un camarero, que acababa de pasar ante ellos, sin verlos, se volvió, agrandando sus ojos.

— ¿Eh, cómo...?

— No se preocupe usted — le dijo Vic, en correcto castellano—. Estamos bromeando.

— Pero... pero... ¡Aquí no había nadie!

— Desde luego. Hemos venido nosotros. ¿Quiere traernos la carta? ¿Qué lugar es éste?

— El Restaurante Covadonga, típica cocina española— habló el camarero, todavía confundido, pero admirado de la belleza de Marta.

— Entonces, dejamos a su elección los platos, Eduardo.

— ¿Sabe usted mi nombre, señor? — Se asombró el camarero.

— ¡Ah, qué bonita es la vida! ¿Verdad que sí, Marta?

Estas últimas palabras, dichas en inglés, desconcertaron aún más al camarero, quien creía estar hablando con un español un tanto raro.

— Deberías moderarte, Vic. Estas gentes no comprenden.

— Pero yo los comprendo a ellos. ¿Hago dólares de estas servilletas?

— ¡Oh, no! Ya pagaré — casi gritó Marta—. Sería un delito.

La comida fue abundante y el ya tranquilizado Eduardo la sirvió con simpatía y agrado, más por la belleza de Marta que por la

cabeza casi repelente de Vic. Los selectos vinos habían sido elegidos para la carne, los mariscos y los entremeses.

Después del postre, satisfecho, Vic pidió un bolígrafo al camarero y se puso a escribir una serie de guarismos en una servilleta, la cual entregó a Eduardo, a la vez que le guiñaba el ojo, diciéndole en castellano:

— Rellene esta quiniela, Eduardo, y échela. Acertará el próximo domingo.

— ¿Quiere usted decir? — preguntó el otro, sonriendo escépticamente, después de haber comprobado lo que consideró una extravagancia del cliente.

— Estoy seguro… ¡Y ganará usted cuarenta y dos millones!

— ¡Pero si hay nueve doses, señor!

— ¿Y qué? Haga lo que le digo…

«Haga lo que le digo… Haga lo que le digo… Haga lo que le digo».

Esto repitió aquel hombre hasta hacerse millonario.

Capítulo III

EN LA ESFERA DEL TIEMPO

La doncella sirvió el desayuno, hizo una reverencia, especialmente dedicada al ahora apuesto y elegante Vic Haggen, que estaba en batín, en la terraza de su chalet de las proximidades de El Haida, en Marruecos.

En un año que llevaba casado con Marta, la vida de Vic había cambiado notablemente. Le había crecido su cabello color trigo. Desapareció totalmente su piel quemada por la luz y aparentaba lo que era en realidad: un acaudalado individuo que practicaba deportes, viajaba por todas partes del mundo, tenía piso en Nueva York, en Málaga, en París y en Hong Kong, aparte del chalet de invierno, en El Haida, colgado sobre un paradisíaco y singular jardín tropical que se miraba en las azules aguas del Océano Atlántico.

Marta apareció poco después, muy hermosa, alegre y feliz. Le besó en la mejilla y se sentó frente a él, diciendo:

— Hermoso día, Vic... ¿Qué dice la prensa?

— Un golpe de estado en la nueva República de Luanda... Promovido por los «Syhkis». El mundo debería saber eso — dijo Vic, como hablando consigo mismo.

— ¿Quiénes son los «Syhkis», Vic? Jamás he oído ese nombre.

— Si te lo digo, no vas a creerlo. Pero ahí va... Y conste que no intervendré en nada. No puedo hacerlo.

— No te entiendo — dijo Marta, extrañada.

— ¿Qué dirías si supieras que un grupo de seres, llegados secretamente de un lejano mundo, se han instalado en varios lugares de África y están conspirando activamente para hacerse con el poder en todo el continente?

— ¿Cómo? — exclamó Marta, agrandando aún más sus ya enormes ojos—. ¿Seres de otro mundo?

— Sí, querida. «Syhkis». Son extraordinariamente parecidos, tanto en aspecto físico como en el color de la piel, a los naturales del África Central.

»En realidad, han venido muchas veces a explorar la Tierra. Han aterrizado secretamente con sus naves espaciales, que han ocultado en las selvas del interior, y se han mezclado con los habitantes de raza negra.

»Su morfología es análoga. Han engendrado hijos con mujeres naturales de aquellos países y se han multiplicado y extendido sin que nadie sepa cuál es su origen.

»Pero desde hace unos años están actuando como fuerza política. Los antiguos territorios de Angola, Congo y Camerún, que ahora forma la República de Luanda, acaban de caer en sus manos.

»Duk Omuwa, el cabecilla, es un instrumento de los «Syhkis», como lo es también el presidente de Kalahari, Madmud Sikawa, y otros que se proponen formar la Gran Federación Africana.

— ¿Gentes de otro planeta gobernando nuestro mundo? — preguntó Marta, anonadada.

— Pues sí, querida; así es — replicó Vic llanamente.

— ¿Y no lo sabe nadie, excepto tú?

— Y tú también.

— ¡Pues no seré yo quien lo oculte! ¡Esto debe conocerlo el Secretario General de las Naciones Unidas!

— ¡Bravo, chiquilla! Escribe al señor, Espinoza... Muy señor mío: es mi deber informarle que una terrible amenaza se cierne sobre África Central y Meridional. «Syhkis, seres morfológicamente igual que nosotros, llegados de un planeta remoto y avanzado, nos están invadiendo y extendiéndose por este continente. Ruego a usted divulgue el peligro y denuncie a los presidentes Omuwa y Sikawa... ¿Y qué crees que hará el señor Espinoza al leer tu carta? ¡La echará al cesto de los papeles!

»Estamos terminando el siglo XX. Hay paz, relativa, nos soportamos todos más o menos a regañadientes, y pronto se van a instalar en Marte los primeros exploradores terrestres, para tratar de descifrar el enigma de lo que han llamado Civilización Multimilenaria.

»¡Ah, querida Marta, eso sí que no! ¡Yo no haré nada para perjudicar a los tenaces «Syhkis»!

— ¡Tienes el deber de hacerlo, Vic!

— ¿El deber? ¡Qué va, Marta! Mi único deber eres tú. Si te parece, tomaremos el primer cohete que salga para París. Otoño en París es delicioso. Allí podemos pasar el fin de siglo. Dicen que un cabaret gigante de la plaza de la Ópera va a tener veintidós escenarios diferentes... ¡Ocho pisos de multitud enfervorizada! Y puedo que asista también Duk Omuwa, invitado por el presidente Jacques Baltard...

— ¡Es intolerable! —exclamó Marta.

— Vamos, vamos, querida. Estoy seguro de que te has cruzado más de una vez con «Syhkis» en muchas partes, incluso en Nueva York, y no se distinguen de los nativos de África.

— ¡Este planeta es nuestro, Vic!

— Nuestro y de ellos. ¿Crees que no trabajan, ni estudian, ni se esfuerzan? Ocurre que son más inteligentes que la mayoría de sus semejantes, y por eso están luchando por la conquista del poder. Yo sé que lo conseguirán. Y África será un gran continente, temido y respetado por Europa, Asia y América.

— ¿Y qué más, Vic?

— ¿Qué más? Allá por el siglo XXI o XXII, África constituirá una amenaza para el resto del mundo, cierto. Pero nosotros, tú y yo, terminada nuestra agradable existencia en este confuso planeta, estaremos en esa esfera sin tiempo ni espacio que llamamos más allá, ajenos por completo a los problemas de este planeta, felices o no, pero lejos de la vida... ¡si es que esto es vida!

»No, querida. Basta de concesiones. Tu tío escribió su libro. Me presenté ante aquella especie de tribunal inquisidor de incrédulos hombres de ciencia, a los que hube de suspender en el aire, con sus respectivos asientos, para que ni siquiera así me creyeran, porque el aspecto que elegí para presentarme ante ellos les pareció el de un charcutero de pueblo pequeño. ¿Qué me importa a mí el mundo y sus problemas? ¿Se preocupaba alguien del pastor de ovejas de Elk City?

»¿Y a quién voy a prestar ayuda? ¿A los diplomáticos de las Naciones Unidas? ¡Oh, no, querida! Soy americano, de raza blanca, y los problemas de África, aunque estemos viviendo aquí, no me incumben.

— Está bien, Vic. No creí que fueses tan egoísta. Hazlo, al

menos, por espíritu de raza. Tú eres humano.

— Más bien no, querida. Dime de algún ser humano con capacidad para acumular energía eléctrica en su cerebro.

— Tú.

— Otro que no sea yo — exigió él, sabiendo que pronto iba a ceder ante las demandas de su esposa.

— Nadie más. Y por tanto, sólo tú puedes intervenir en ese asunto y hacer que, en el mejor de los casos, los «Syhkis» tomen sus naves y regresen a su lejano mundo, dejándonos a nosotros en el nuestro.

— Bien, querida. Has ganado. Esta tarde me iré a Washington... ¡Y no me digas cómo debo actuar en este asunto!

— ¡Oh, no; Dios me libre! —exclamó Marta, poniéndose en pie y acercándose a él para echarle los brazos al cuello.

* * *

Vic Haggen no utilizó la línea regular de aviones-cohete entre Casablanca y Washington-Nueva York. Era más rápido y directo «esfumarse» en El Haida y aparecer en uno de los pasillos del «Bureau Central» — nueva organización secreta de inteligencia y espionaje norteamericana — que dirigía el misterioso y desconocido «Mr. B45-0», hombre al que jamás había fotografiado nadie.

En realidad, sólo tres personas conocían a «B45-0»: una era su secretaria; otra su ayudante principal, el coronel Carey-Hunter; la tercera era Vic Haggen, quien no ignoraba nada de lo que acontecía en el «Welt Building».

Sue Harper, la secretaria de «Mr. B45-0», vio abrirse la puerta y entrar a Vic. De haber llevado gafas se le habrían caído.

— ¿Eh, quién es usted? ¿Cómo le han dejado... entrar?

— Tengo un pase mágico — respondió Vic, extendiendo la mano y mostrando una moneda de oro a Sue—. Mire esto.

¡Y la moneda desapareció ante los atónitos ojos de Sue!

— ¿Qué le ha parecido? Quiero ver a Johnny.

— ¿A quién?

— Lleva usted cuatro años con él y ni siquiera sabe su nombre... ¿Qué clase de secretaria es? Avísele que Vic Haggen quiere verle.

Sue Harper se levantó de un modo maquinal, se dirigió hacia la

puerta metálica que había a su derecha y que se abrió por influjo electrónico ante su proximidad y dijo:

— El señor Haggen desea verle.

— Que pase.

Vic hizo una reverencia ante Sue y entró en el extraño y enorme despacho del hombre que dirigía el «Bureau Central», con casi tanto poder en sus manos como el propio Presidente de la nación.

«B-45-0» no aparentaba más de veintitrés años, vestía un suéter de hilo fino, blanco, de cuello desabrochado, y tenía un curioso objeto en la mano, en forma de bolígrafo, con el que podía destruir a Vic en un segundo.

— Hola, Johnny Bluckman — saludó Vic, cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda.

— Hola... No sé quién es usted, ni lo que ha venido a hacer aquí. Pero tiene un minuto exacto para explicarse de modo plausible y convincente. Si no lo logra, le mataré con esto.

— Convencido... ¿Verdad?

«B-45-0» no se alteró lo más mínimo al notar que el lápiz de rayos láser se le esfumaba entre los dedos. Tenía mucho temple aquel joven.

— Sí, convencido, señor Haggen. Siéntese, por favor.

— ¡Ah, este asiento tiene trampa! ¡No, no! Alguien murió aquí electrocutado no hace muchos días... Me sentaré en esta butaca.

Johnny Bluckman empezó a perder la seguridad en sí mismo.

— ¿Ha leído usted el libro del profesor Anthony Brennan? — preguntó Vic, sentándose en una artística silla de madera.

Bluckman pegó un salto en su asiento.

— ¿Es usted «Kamus»? ¡Oh, hace tres meses que tengo a cien de mis mejores agentes tratando de localizarle! Venga aquí, hombre mágico. Tome asiento detrás de esta mesa. No necesita que le explique el funcionamiento de ningún resorte.

»Me prometí a mí mismo ceder el puesto al que fuese capaz de desempeñarlo mejor que. yo.

— Más despacio, «B-45-0»... ¿Por qué no apeamos el tratamiento y nos tratamos con sencillez? ¿Queda bien Johnny?

— Perfecto — dijo el otro, estrechando la mano a Vic—. ¿Tu nombre es Vic Haggen? ¡Vaya, sí! Nuestra investigación terminó en un rayo que conmocionó a un pastor de ovejas. Después, surgió el

«Kamus» del profesor Brennan. Pero nadie ha podido decirme dónde estabas.

— Pues ya ves. Aquí estoy.

— Eso quiere decir que tienes algo importante que comunicarme.

— Marta dice que es importante.

— ¿Tu esposa?

— Sí.

— Déjame recordar... ¿Es la chica más bonita del mundo? —preguntó el otro, con una amplia y juvenil sonrisa.

— Una de las más bonitas.

— Por ahí debo tener su retrato. Lo conseguimos en la Universidad de Tulsa. Licenciada en Psicología sobrina de Brennan.

— La misma.

— ¡Maravilloso, Vic! ¿Y qué te trae por el «Welt Building»? Supongo que te habrá sido fácil entrar.

— Simple. Pero no es necesario que redobles la guardia ni modifiques los circuitos de alarma. Soy único... Ah, toma tu láser.

Con un cómico gesto de prestidigitador, Vic «sacó» del aire el objeto que antes desapareciera de las manos de «B-45-0». Éste lo dejó sobre la mesa, sonriendo con ojos y boca.

— ¿Entramos en materia?

— ¿Has oído hablar de los «Syhkis»?

— Sí.

— ¿Te inquietan?

— No.

— Son una amenaza.

— Bien, puede ser. Pero cuando eso llegue hasta aquí, mis malvas habrán alimentado cien generaciones de vacas.

— Lo mismo le dije a Marta. Ella replicó que somos humanos y los «Syhkis», no. Razón fría. Cuando

América esté en peligro, Vic Haggen nada podrá hacer por sus descendientes.

— ¡Tal vez otro rayo produzca otro Vic Haggen!

— No es probable. Temo ser ejemplar único. Si el hombre no se autodestruye, dentro de cinco o diez mil años poseerá capacidad mental suficiente para valerse por sí mismo... Será adulto.

— O «Syhki» de piel negra.

— La piel negra no me desagrada. Es lo que puede haber bajo la piel. Si Marta fuese negra, me habría casado con ella igualmente.

— Entonces, ¿crees que debemos intervenir en Kalahari?

— Marta dice que sí.

— Complaceremos a Marta, para que sus tataranietos no sucumban ante la invasión «Syhki». Pero... ¡Ah, Vic; ya te tengo!

— No te hagas ilusiones. Soy puro éter.

— Favor con favor se paga. Aquí vivo de prestado. No puedo cometer un error, y si lo cometo, he de demostrar que no es un error. Me va la vida en ello. «B-45-0» es un diente duro del engranaje. En Europa pagan cien millones de dólares por mi cabeza. Nuestro presupuesto al año es de seis mil millones. Valgo poco todavía.

— Tus adversarios valen menos, te lo aseguro.

— ¿Dónde está Igor Clarke, Vic?

Vic Haggen sonrió.

— Eso no es noble. No soy un chivato. En realidad, estoy aquí por puro sentimentalismo. Me siento americano.

— Yo también. Pero me gustaría enviar a Igor Clarke con el diablo. Si no acabo con él, él acabará conmigo. Es sagaz, astuto y solapado.

— ¡Bah, lo sobrestimas! Es viejo, está cansado, tiene miedo y recibe continuas repulsas de sus superiores. Si le conservan en el puesto de la D.K.V.K. es por puro sentimentalismo y porque tiene agarrados del cuello a más de cuatro.

— ¡Sus zarpas son afiladas como las de un tigre! Ayer me eliminaron a tres de mis mejores orientales. Así mismo, los micros dejaron de funcionar... No hay informes, no hay vida. Y quería mucho a Bill Cohen. Deja mujer y dos hijos.

— Riesgos de la profesión, ¿no?

— Sí, pero duele.

— ¿Y cuándo vosotros les dais a ellos?

Esto animó a Johnny Bluckman.

— Bien, bien... Seamos humanos, Vic Haggen. De veras me alegro de conocerte. ¿Qué propones?

— Desconcertar a los nuevos republicanos de Luanda.

— ¿Son «Syhkis» también?

— Naturalmente.

— ¡Caramba! Esa información nos ahorra un millón de dólares. Diré a nuestra agencia en Luanda que no gaste dinero… ¿Y Duk Omuwa es también «Syhki»?

— No. Es una cabeza de turco. Son cautos. Primero instauran un gobierno títere. Luego, cuando todo está en calma, celebran las elecciones. Y las ganan. Así hicieron con Madmud Sikawa.

— Efectivamente. Y les da resultado. Lo que ocurre es que nosotros no tenemos intereses en Kalahari.

— ¿Sabes que están construyendo enormes instalaciones industriales subterráneas bajo las arenas del desierto?

— Sinceramente, no.

— Pues sí, Johnny. Sikawa y su grupo saben hacer las cosas. Nadie envidia el desierto, a menos que deje de serlo, como ocurrió en Israel. ¿Te gustaría echar un vistazo a esas instalaciones?

— ¡Ya lo creo! Dice Anthony Brennan que viajas por proyección psíquica.

— Acompáñame, Johnny.

«B-45-0» notó sencillamente que el decorado cambiaba de aspecto. Su despacho se esfumó para surgir, como por arte de magia, una inmensa nave, iluminada por potentes focos de luz blanca, donde trabajaban centenares de hombres con calzón corto y blanco.

Vio altos hornos, cadenas de producción siderúrgica, máquinas que trabajaban sin ruido… ¡Pero no se vio a sí mismo, ni vio a Vic Haggen por ninguna parte!

Se sorprendió, empero, cuando algo le tocó el brazo.

— ¿Vic?

— No te asustes. Estoy aquí, a tu lado. Nadie puede vernos.

— ¿Ni yo tampoco?

— ¿Qué importa? No quiero correr riesgos. La luz nos atraviesa. Somos invisibles.

— Curioso, muy curioso.

— Hay más de veinte naves como ésta… Acero, Johnny. Buen acero, moldeable y resistente, para construir naves espaciales. Esa laminadora echa miles de toneladas de acero al exterior por hora. Una gran máquina, construida en secreto por los «Syhkis», bajo las áridas arenas del desierto de Kalahari.

»Armas para someter África. Cañones de gran alcance… Allí

funden las cañas, que luego tornean en los talleres.

— ¿Y estos obreros son «Syhkis»?

— No, es la nueva raza de esclavos que han reclutado. De aquí no saldrán a contar al mundo que en Kalahari se prepara la conquista de África.

»Vamos a ver las otras instalaciones. Te explicaré cómo se puede destruir todo esto, sin que los «Syhkis» supongan una intervención extranjera. Tengo hasta un plan que les dejará desconcertados.

»Pero la diplomacia tiene que cerrar su boca primero. Eso lo puede iniciar tu «Bureau Central», pasándoselo al Secretario de Estado. Y Madmud Sikawa desparecerá de la policía para siempre.

— ¡Ay, Vic, si yo supiera lo que tú sabes!

Capítulo IV

FENÓMENOS PSICOSOMÁTICOS

Marta había pasado un día inquieto. Era la primera vez que Vic se separaba de ella y la dejaba sola. Y no estaba acostumbrada a la soledad. Necesitaba la presencia vivificadora de su esposo, cuya figura externa había ido ella moldeando a su gusto, hasta ¡convertir el aspecto de un rústico pastor en un hombre de presencia agradable, ademanes elegantes y mundana desenvoltura.

El intelecto de Vic no podía cambiarlo porque era infinitamente más superior que el suyo. Pero le conocía intensamente. Le había visto realizar cosas asombrosas, disparatadas, insólitas y sorprendentes.

No era un secreto para Marta todo lo que su marido podía realizar. Antes de conocerle, mientras estudiaba en la Universidad de Tulsa, ella había analizado y tratado de comprender los poderes extraordinarios que se esconden en la mente humana.

Sabía, por ejemplo, que existen personas capaces de recoger proyecciones mentales en estado amnésico; que la telepatía estaba demostrada, y la hipnosis era una ciencia médica, muy utilizada en psiquiatría.

Dentro de la fenomenología de la mente, la levitación, la parestesia, la percepción extrasensorial, la disociación metafísica, etc.

Marta había estudiado una copiosa documentación, de la llamada «fidedigna», o sea que estaba aceptada por la ciencia todavía embrionaria que era la parapsicología aplicada.

Le habían maravillado todos aquellos conceptos, cuando sólo eran principios didácticos universitarios. Pero ahora, con Vic Haggen, la realidad se ofrecía infinitamente más maravillosa.

Vic trataba de explicarle las causas de cada fenómeno, y ella procuraba comprenderlas.

»—En el principio mismo de la materia — dijo Vic, en una ocasión — está la energía, que es el fruto de la transformación de aquélla. Eso es el fundamento de todo el Universo. Materia y energía. Luego, lógicamente viene la transformación de una en otra, y viceversa.

»Nosotros decimos que existen ciento ocho elementos químicos naturales, y no es exactamente cierto. Esos elementos naturales no son más que aspectos distintos y propiedades distintas de la materia.

»El oro es materia, como el hierro, o el plomo. Y es posible, por medio de la energía, transformar los aspectos y las propiedades de la materia. Nada se descompone. Todo se transforma. Desde que existe el universo, que ha existido siempre, aunque no podamos concebirlo, la materia ha estado transformándose, por medio de la acción energética que llevan los mismos átomos que la componen.

»Yo sé eso. Tomo cualquier materia, le quito o le añado protones al electrón, utilizando mi fuerza mental, que es energía eléctrica, y esa materia queda transformada.

»Hago oro del vidrio, del hierro y hasta del plomo. En el inmenso alambique del universo, la energía está haciendo lo mismo billones de siglos antes de que apareciera el hombre, que no es más que una consecuencia de la evolución universal.

»¿Seres? ¡Existen millones y millones de razas distintas! Son agentes naturales de la misma creación. Y cada especie realiza una función determinada, estricta y concreta.

»Esas especies se van reproduciendo dentro de lo que a nosotros nos parece un ciclo lento y continuo. En realidad, el tiempo carece de valor. Como todo lo inconmensurable, no debería medirse, ni contarse. Es un error humano, más por superstición e ignorancia, que por razones de cronología histórica.

»Hubo un César y un Aristóteles. ¿Cuándo? ¿Y qué importa? Los hubo. Su propia egolatría, o la de sus admiradores, les hizo señalar de algún modo su efímero paso por este microscópico mundo, que a ellos les parecía enorme. Alzaron estatuas, pusieron fechas, recordatorios para asombro de generaciones venideras. ¿Y qué? Ya no están. Sólo nos queda la fecha de su vida, su estatua, más o menos grande, y el concepto del tiempo que alguien copió de las salidas y puestas de sol, sin saber que la Tierra antiguamente giraba

más aprisa que ahora.

Referente a lo que Marta llamaba fenómenos psicosomáticos, Vic era más parco y comedido.

»— Nuestro organismo es una máquina que ha evolucionado lenta y progresivamente, con adelantos y retrocesos. La máquina humana alberga una mente, en la que la medicina ha descubierto poco aún. El cuerpo humano lo conocemos muy bien.

»Parece que cuerpo y mente son una misma cosa, porque van unidos. Pero el cuerpo existe por la mente. Era preciso que algo conservara el poder mental del ser. De ahí, el corazón, los pulmones, el riego sanguíneo, etc. Eso somos. Una máquina adaptada al ambiente en que vivimos. Cuando estas condiciones ambientales cambien, el hombre cambiará también o perecerá.

»En cambio, la mente es exactamente igual en todos los mundos del universo. La mente es el centro, motor de la vida. Por eso hay seres sin cuerpo, cerebros únicamente, que se conservan en ambientes adecuados, y no por eso hemos de considerarlos como espíritus puros, aunque percibo influjos de ellos y sé que su poder mental es superior al nuestro.

»Y existen seres multidimensionales, en campos incomprensibles para nosotros. Y mundos que no son mundos... ¡Y gentes que ni siquiera tienen cerebro pero piensan mecánicamente!

»¡Ah, Marta! Jamás acabaremos de conocer todos los secretos de lo inmensamente grande y de lo inmensamente pequeño. Nadie llegará jamás a conocerlo todo, porque el todo es inalcanzable, porque se está transformando sin cesar, siguiendo ciclos insólitos, y porque el límite es infinito.

»—¿Y Dios? — había preguntado Marta.

»— Dios es algo por completo distinto... ¡Algo infinitamente superior al universo, a la materia, a la energía y a la transformación continua! ¡Dios es la Conciencia Universal!

Vic le había hablado de la naturaleza, de la Tierra, de vulcanismos y sismología. Le reveló secretos transcendentales, por los que los hombres de ciencia habrían pagado fortunas por conocer. Y siempre terminaba diciéndole:

»—Pero no se lo digas a nadie, querida.

La vida con Vic había sido grata, amable y sonriente. Ella le adoraba y empezaba a verlo como un ser humano sumamente sabio,

al que la naturaleza ciega dotó de poderes extraordinarios.

Al principio, estaba sojuzgada. Luego, poco a poco, habituándose al hombre, encontró el amor y la ternura. Vic era amable, irónico y ligeramente burlón, pero no porque estuviese por encima de todos, a lo que no daba importancia, sino porque se debatía constantemente en querer ayudar — cosa que procuraba hacer sin que los demás lo supieran—, aunque no supiera con exactitud cuál era la verdad auténtica de las cosas. Hizo grandes favores durante los viajes que ella compartió con él. Repartió alimentos entre los necesitados, sacándolos del «aire», como decía. La verdad era que el pan, el arroz, la carne y otros alimentos que hizo aparecer en un barrio pobre de Bombay, «desapareció» de distintos almacenes comerciales, y que se denunció el hecho ante la policía por aquel robo.

Ella le echaba de menos ahora, encontrando vacío el chalet de las afueras de El Haida, donde sólo les acompañaba la doncella norteamericana Janet, que tanto admiraba a su señor.

A mediodía, Marta no quiso comer sola y dijo a la doncella que comería con ella en la cocina.

— ¿Se ha ido el señor? — preguntó Janet.

— Sí, le he rogado tanto que hiciera una gestión... Y se ha ido a Washington.

— ¡Pero si no se ha llevado ropa! — se sorprendió la doncella.

— No la necesita.

— ¡El señor Vic es maravilloso, señora!

— Y que lo digas, Janet. ¿Qué estará haciendo en este momento?

* * *

Vic Haggen estaba realizando una pesada y monótona labor de transporte, situado en lo alto de una colina, en compañía de Johnny Bluckman.

Bajo el ardiente sol de África, en medio del desierto de la antigua Bechuanalandia, los dos hombres estaban sentados sobre las rocas. Vic se hallaba muy quieto, casi rígido.

Su compañero fumaba un cigarrillo y le miraba de vez en cuando.

— ¿Cómo va el trabajo, Vic?

— ¡Uf! Creo que me tomaré un respiro... Jamás me había cansado tanto.

— Si tú lo dices. No te he visto mover ni un músculo.

— ¿Siempre eres tan gracioso? ¿Sabes lo que he armado allá abajo?

— Según has dicho, los esclavos de los «Syhkis» se están volviendo locos al ver desaparecer las máquinas y herramientas de sus manos.

— Esas máquinas son enormes. Y las estoy llevan-do al Atlántico, y arrojándolas al fondo.

— ¡Lástima! — murmuró «B-45-0», con un gesto de contrariedad —. Podrían servir para una causa más justa. Aunque, te repito, esta causa no me parece mala. Es una forma de progreso que, de otro modo, no existiría aquí.

— Progreso peligroso, Johnny... Madmud Sikawa ha sido informado ya de mi trabajo. Si pudiera, se subiría por las paredes. Los jefes de la factoría le han informado. Nadie puede creer que las laminadoras puedan desaparecer, así como así, ante sus narices... Como una pompa de jabón.

— ¿Es muy avanzada la civilización «Syhki»? — quiso saber Johnny.

— Técnicamente algo más que la nuestra. Pero su política es un desastre. Estos que vienen aquí son disidentes, una especie de rebeldes emigrados. Por sus propios medios, no se habrían apoderado jamás de nuestro planeta. Necesitaban crecer, y eso han estado haciendo.

»Sin embargo, en sus mentes no tiene cabida siquiera la posibilidad de que alguien pueda hacer desaparecer las máquinas de sus instalaciones secretas.

— Yo tampoco lo creería, Vic. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí aún?

— Será mejor que lo dejemos... Cada máquina que saco me cuesta más trabajo. — Vic se volvió a su compañero, con expresión preocupada —: Temo que se está agotando mi energía.

— ¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Vic tardó unos segundos en responder.

— He hecho un gran esfuerzo, transportando esos millones de

toneladas de acero... ¿Sencillo, no? Ahora sé que un simple rayo no da para más... Trescientos ochenta días. Claro que mucho tiempo he estado inactivo.

— ¡Sí te entiendo, que me aspen!

Vic se levantó y dirigió la mirada en torno suyo.

— Si se les ocurre salir y nos descubren, de poco va a servirte ser amigo mío.

— ¿Qué me dices?

— Que pronto habrá «Syhkis» en este desierto, tratando de averiguar en qué consiste la broma. Necesito una central eléctrica.

—¿Para qué?

— ¿No sientes apetito?

— Desayuné bien.

— Yo necesito unos cuantos millones de voltios para mi cerebro. Es difícil que se produzca aquí una tempestad y pueda absorber un rayo. — Vic se abrió de brazos, con gesto de impotencia—. Hasta los más gigantes tienen su talón de Aquiles.

Johnny Bluckman empezó a preocuparse.

— ¿Quieres darme a entender que, acabada tu energía, ni siquiera puedes sacarme de aquí?

— Más o menos. Podría intentar algo, pero si fracaso podríamos quedar en «suspensión extrafísica» y eso sería mucho peor.

— «¿Suspensión extrafísica»?

— Sí, como flotando en la nada, incorpóreos. Al menos, así somos simples humanos.

— Siempre he sido un ser humano — dijo Johnny Bluckman—. No debí confiar en ti. Consideraré esto una especie de deserción, un fraude o un «bluff».

Vic Haggen se volvió a sentar, concentrándose de nuevo.

— Me ocurre un fenómeno extraño — dijo al cabo de unos minutos—. Todavía tengo energía mental para muchas pequeñas manipulaciones... Puedo llevar mi mente a donde está Marta y pedirle ayuda.

— ¡No la mezcles en esto ¡Llama a Carey-Hunter, mi ayudante! Se presentará aquí en un avión cohete, en menos de dos horas.

— Bien. Eso me parece mejor. ¿Por qué no a tu secretaria?

— Carey-Hunter tardaría dos horas y media en llegar. Media hora es lo que necesita Sue para localizar a Carey.

— ¿Dónde se encuentra?

— Jugando al «golf» en Arlington, con el presidente Harlan.

(Vic localizó al coronel Carey-Hunter, cuando éste se preparaba para golpear una bola, en un terreno verde y ondulado.

»— Coronel.

»—¿Eh, que...? ¿Quién me llama?

»—No se alarme. Se trata de una transmisión telepática importante. Le hablo en nombre de «B-45-0». Él y yo nos encontramos en un lugar del desierto de Kalahari, en África... Necesitamos ayuda.

»—¿«B-45-0 necesita ayuda? — reflexionó Carey-Hunter.

»— Sí. Venga usted a buscamos con un avión cohete. Nuestra situación es ésta.

Vic dio una referencia geográfica, repetida tres veces seguidas, y concluyó:

»—Póngase en camino inmediatamente. Tememos que los agentes del presidente Sikawa puedan descubrimos si no escapamos.)

— Ya está — dijo Vic en voz alta a Johnny.

— ¿Le has hablado?

— Sí. Ha dejado al presidente Harlan, con una disculpa, y viene personalmente hacia aquí con uno de los bólidos privados del «Bureau Central».

— Esperaremos — dijo Johnny —. Pero confieso que estoy defraudado.

— Me gustaría que pudieras ver cómo ha quedado la instalación, siderúrgica. He dejado las paredes, el suelo y el techo.

Johnny sonrió.

— Puede que sea suficiente para iniciar la gestión diplomática a través de la Secretaría de Estado. ¿Cómo ha de presentarse?

— Violación de los convenios internacionales de 1992, en Ginebra. El desarme y la fabricación de armas en secreto. Muy simple.

— ¿Pruebas?

— ¿Quieres más?

— Mi palabra no basta. Fotografías, cifras...

— Sikawa sabe que es cierto. ¿Qué mejor prueba que ésa? Naturalmente, negará, pero no permitirá la intervención de una

comisión.

— ¿Y no nos culparán de la desaparición de las máquinas?

— Ningún «Syhki» podrá comprender eso. Acusarnos de haberles sustraído esas máquinas por arte de «birlibirloque» les pondría en ridículo.

»Además, el informe privado del Secretario de Estado llevará la revelación «D», con el nombre de los «Syhkis» más destacados del mundo entero. Se les ha de dar ocasión de salir del planeta en un plazo prudencial.

»Tenemos argumentos suficientes para ello. Sólo quedarán aquí los «Syhkis terrícolas», hijos de nuestras mujeres negras. Supervisados por los agentes del «Bureau Central», no tendrán más remedio que dejar el planeta y marcharse.

— Perfecto, Vic. Aunque hayas consumido tu energía, debo admitir que no has vuelto al pastoreo de ovejas. ¿Por eso has elegido este lugar elevado?

Vic sonrió.

— Siempre me gustaron los sitios elevados. Pienso mejor en ellos por estar más cerca del cielo. El aire es más puro aquí... ¿Tienes sed?

— Sí. ¿No te habrá quedado algo de energía para proporcionarme un «whisky» con hielo?

— Sí, todavía me queda... Ahí lo tienes.

Johnny no pudo dejar de maravillarse ante aquel mágico ilusionista de la realidad tangible, como era un vaso, color ámbar, conteniendo «whisky» de primera calidad, soda y hielo.

El jefe del «Bureau Central» norteamericano bebió con delectación, chasqueando los labios y la lengua.

— ¿De dónde ha venido?

— De mi chalet, en El Haida. Lo ha preparado Janet, la doncella de mi mujer. Pero ella no lo sabrá nunca, aunque eche a faltar un vaso del juego de cristal de Bohemia.

— ¿Cómo piensas recuperar tu energía? ¿Devorando una central eléctrica?

— Poco más o menos. Y no tengo más remedio que hacerlo.

—¿Sin abonar el correspondiente recibo?

— Eres irónico, Johnny. La compañía creerá que ha sufrido una avería. ¿Crees que voy a pagar doce millones y medio de dólares de

consumo, sirviendo a los intereses del B.C.?

— Sí, sería inicuo. ¿Qué haces? ¿Chupas un cable de alta tensión o te inyectas electricidad con una jeringuilla hipodérmica?

Vic no pudo por menos que sonreír.

— Mi biberón eléctrico es una descarga bastante espectacular. ¿Te gustaría verlo?

— ¿Cómo no?

— Iremos a la estación receptora de la «Standard Electric Inc.». No sé, con exactitud, si volveré a perder el pelo y la piel se volverá negra. Es lo más probable. En tal caso, necesitaré de tu ayuda.

— ¿Para qué?

— Debes recoger mis restos y llevarme a tu casa. No quiero que me vea Marta en esas condiciones.

— No te preocupes. Si no fuera porque sé que vas a serme útil, me gustaría verte desaparecer, fulminado por la alta tensión. Eres un peligro para mucha gente.

— No lo dices en serio.

— ¡De veras, Vic! Prefiero vérmelas con tipos listos, agudos y taimados, pero a los que mata el láser. Contigo no se sabe nunca dónde vamos a estar al minuto siguiente... ¡Y la zozobra me deprime!

Vic había comprendido a Johnny Bluckman.

Capítulo V

EL CEREBRO ELÉCTRICO

Ni el coronel Carey-Hunter, ni Johnny Bluckman, alias «B-45-0», olvidarían fácilmente la escena que tuvo lugar en la cámara de alto voltaje de la central eléctrica de la «Standard Electric Inc.», situada en las proximidades New Brunswick.

Primero, Vic había hipnotizado a una docena de empleados, que dejó durmiendo en sus cabinas de trabajo.

Luego, abriendo puertas con las ganzúas mágicas de su todavía prodigioso cerebro, llegaron los tres hasta una nave donde zumbaban los controles con siniestro siseos.

Vic no dejó continuar a sus acompañantes.

— Los mortales no pueden pasar de aquí. Podéis ver cómo me devora el rayo a través de una ventana de seguridad.

Vic no abrió la última puerta. Pasó a través de ella, como si se tratase de una sutil cortina de humo. Luego, dentro de la cámara de alto voltaje, estuvo manipulando unos minutos en la instalación, yendo después hacia dos enormes terminales, de los que saltaba la chispa eléctrica formando líneas fantásticas de alta tensión.

Antes de situarse entre los dos terminales, Vic aún realizó otra comprobación, todo ello ante los atónitos ojos de Johnny Bluckman y el coronel Carey-Hunter.

Luego, Vic se dejó prender por la fuerza eléctrica, que le envolvió en una tremenda llamarada de luz y fuego. Algo verdaderamente fantástico, sobrecogedor y extraordinario.

¡A consecuencia de la descarga eléctrica, el cuerpo de Vic Haggen desapareció!

— ¡Por cien mil diablos! — exclamó Carey-Hunter—. ¡Se ha desmaterializado! ¿Qué clase de loco es?

— Regístrame, Bill —dijo «B-45-0» casi sin habla.

— ¿Y qué hacemos ahora?

Saltaban a la vista que Vic Haggen había desaparecido, fulminado y desintegrado por la energía eléctrica. En el momento mismo de producirse el contacto, la luz de toda la instalación sufrió un acusado descenso.

— Bueno... Yo no esperaba esto.

— ¡Mira! — Carey-Hunter se había vuelto.

Detrás de ellos, en el suelo, yacía un cuerpo ennegrecido, totalmente desnudo, sin cabello en la cabeza, inmóvil.

— ¿Qué condenación...?

— Hemos de sacarle de aquí — dijo Johnny—. Ayúdame, ¡pronto!

No sin cierta aprensión, tocaron el cuerpo, notando una elevada temperatura y cierta rigidez en la piel. Luego, sin perder un instante, salieron al patio iluminados por luces fluorescentes, donde habían dejado el vehículo de suspensión de aire.

Colocaron aquel cuerpo extraño y negro, de vaga semejanza con Vic Haggen, en el asiento trasero, y Johnny Bluckman se puso al volante, emprendiendo rápidamente la marcha.

En un lujoso apartamiento, en las afueras de Nueva York, una hora después, Vic Haggen abría sus ojos sin pestañas. Ante él estaban los dos principales responsables del «Bureau Central», mirándole atónitos.

— Gracias, «B-45-0»... Gracias, coronel Carey-Hunter.

— ¿Cómo te encuentras?

— Algo mejor.

— Te vimos desaparecer y creímos...

— Me teleporté en el instante mismo de recibir la descarga. Vosotros no podíais entrar allí.

— ¿Necesitas algo?

— Reposo... Unos diez días. El pelo tardará en crecerme, pero la piel recobrará su tono normal en menos de un mes... Esta vez seré más precavido y no derrocharé energía tontamente... Las máquinas de los «Syhkis» podían ser retiradas de otro modo.

— ¿Y por qué lo hiciste?

— Necesitaba saber cuál era mi capacidad absoluta... ¿Hay algo de comer aquí?

— Sí. En la cocina guardo algunas conservas. No vivo aquí casi

nunca, pero me gusta ser previsor Vuelvo en seguida.

Johnny salió, y el coronel Carey-Hunter se quedó con Vic.

— Todavía no sé lo que ocurre.

— Quédese quieto un instante. Voy a transmitirle dos horas de charla en un segundo de telepatía.

Carey-Hunter aprendió la historia de Vic Haggen en un instante. Su mente pareció agrandarse con aquella extraordinaria revelación.

— ¡Leí «Kamus», pero no creí ni una palabra! — exclamó el lugarteniente de «B-45-0»—. ¡Y ahora resulta que es cierto!

— Estoy muy chamuscado, ¿verdad?

— Sí, da lástima verlo.

— Inconvenientes de alimentarme con alto voltaje.

En esta ocasión, procuraré que me dure más tiempo.

— ¿No es peligroso recibir esas sacudidas eléctricas?

— Sí, supongo que sí. Pero me he acostumbrado, tanto a ser superhombre que no me resignaría a dejar de serlo. El organismo no sufre por esto. El poder vital está en la mente. Yo mismo me autogenero... ¡Ah, pero también necesito comer!

Johnny Bluckman había vuelto con una bandeja, en donde colocó parte de casi todo lo que tenía en el refrigerador.

Vic se incorporó en el lecho, no sin esfuerzo, porque estaba débil y agotado, y empezó a comer con apetito. Luego se tendió y se quedó dormido.

Al despertar, doce horas después, vio a Sue Harper, la secretaria de Johnny Bluckman, sentada en una butaca, leyendo el libro del profesor Brennan.

— ¡Eh, chisst! —siseó Vic—. ¿Qué está haciendo aquí?

— ¡Ho... hola! —La joven se levantó de un salto, para acercarse presurosa—. Mi jefe me ha dicho que haga de enfermera.

— Yo no necesito ninguna enfermera. Pero le daré una receta que puede traerme de la farmacia. Déme papel y pluma.

Sue obedeció y le trajo lo pedido.

— ¿Es usted «Kamus»?

— Ése fue el seudónimo que me puso el profesor Brennan en su libro — contestó Vic, mientras escribía—. Esto es para el cabello. Es un ungüento que ayuda a crecer el pelo quemado.

— ¿Cómo se ha puesto así?

— ¿No ha leído el libro?

— ¿Otro rayo?

Vic sonrió.

— Éste ha sido artificial. Vaya a por eso. ¿Y si es usted mi enfermera, me traerá algo de comer? Busque también un pijama de su jefe. Me lo pondré mientras está afuera.

* * *

Ya vestido con el pijama, cubierto con una extraña gorra que Sue Harper le proporcionó y embadurnada la cara con una pomada de maquillaje, Vic ofrecía un aspecto menos desagradable.

Johnny Bluckman regresó a media tarde, y dijo a Sue:

— Ya puedes marcharte, nena.

— ¿No puedo quedarme a charlar con Vic?

— ¡No! —replicó el otro secamente.

— ¡Es tan interesante!

— ¡Largo de aquí! Mañana, hasta después de las once, no te quiero ver por aquí... ¡Adiós!

Sue Harper se fue refunfuñando. Ahora Johnny se acercó a Vic.

— ¿De qué te has disfrazado?

— Ya he tranquilizado a Marta. Iba a traerla, pero prefiero más que tome un avión cohete. Nos iremos a nuestro apartamiento de Morgan Avenue.

— Podéis utilizar éste. Yo vivo en todas partes menos aquí... El delegado de Kalahari ha bajado la cabeza y ha dicho que informará a su gobierno.

— Tratarán de ganar tiempo. Están todavía muy confusos... ¡Se han reunido los técnicos en las instalaciones subterráneas del desierto y todavía no saben lo que ha ocurrido!

— No creo que lo sepan nunca. No es fácil de creer que alguien desmaterialice laminadoras de mil toneladas y se las lleve al fondo del Atlántico.

»De todas formas, te vuelvo a repetir que los «Syhkis» no me preocupan. En cambio, hay algo que tú podrías hacer fácilmente por mí. Me ha llamado el presidente Harlan y tiene un grave problema con el Senado, respecto al presupuesto de la Exploración de Marte.

»La NASA pide cien mil millones de dólares. El presidente quiere darles la mitad y el Senado, por boca del «jefe» de la mayoría, pide

que se suspenda esa exploración.

»A mí me gustaría ayudar al presidente.

— Óyeme bien, Johnny. No quiero mezclarme en política. Al que yo ayude, saldrá adelante siempre. Y si beneficio a unos, perjudico a otros.

— ¡Tú eres mi santo del cielo, Vic! ¿Qué te importan los demás? Soy yo quien te pone las velas y te implora. El presidente teme al Senado... Sabes que Jack Warren será propuesto como candidato en las próximas elecciones. Y Harlan no quiere ser derrotado.

»Te hago un trato, Vic. Yo te llevo a la presidencia de los Estados Unidos. ¿Quieres ser presidente?

— ¡No, olvídame! ¿Crees que con esta facha puedo instalarme en la Casa Blanca?

Johnny sonrió.

— Ahora, no. Pero sí dentro de dos años... ¡Y al diablo los «Syhkis» y sus repúblicas africanas! Aquí está el meollo de la cuestión. Habrá federación unitaria en todo Occidente. El mundo quedará dividido en dos bloques hermosos y compactos. Oriente y Occidente. Es inevitable. ¿Y después? ¿Nos devorarán las fuerzas orientales, puestas de acuerdo?

— Si sigues insistiendo, informaré a Igor Clarke de tu identidad.

— ¿Y crees que ese sapo amarillo no sabe quién es quién? Si fuese tan tonto, no estaría al frente de la N.K.V.K.

— Te haré una sola concesión, Johnny. Informa al presidente para que haga lo imposible por conceder ese presupuesto. Lo que los exploradores van a traer de allí vale más que todo este continente.

— ¿Qué dices, visionario?

— La Civilización Multimilenaria de la región Orkana, descubierta en Marte por los exploradores espaciales de hace cinco años, es mucho más importante que el descubrimiento de la tumba de Tutankamen, la cultura inca, azteca, maya, etrusca, asiria y todas las culturas juntas.

»Y la riqueza que hay bajo las ruinas de esas poblaciones, transportada aquí, convertirá a nuestro país en el más influyente y poderoso del globo.

— ¡No me digas! —exclamó Johnny, bizqueando—. ¿Cómo lo sabes tú?

— He estado allí hace unos meses, y lo he visto. He penetrado en los templos subterráneos... ¡Cielo santo, qué riqueza! ¡Fidias, Praxíteles y Miguel Ángel eran unos principiantes comparados con los escultores Orkanos, o como quiera que se llamen!

— ¿Todo está bajo aquellas piedras?

— Sí. Intacto. Las ciudades fueron destruidas, hace cincuenta mil años, durante una conflagración atómica. Los arqueólogos observarán que todo está como petrificado.

»Sin embargo, cuando hallen los accesos al interior de los templos, quedarán boquiabiertos... El mineral más deleznable que allí existe es el oro. Abundan las piedras preciosas, muchas de ellas totalmente desconocidas aquí, y cuyo origen está en las lejanas estrellas.

— ¿Eran cosmonautas los marcianos?

— Si lo somos nosotros, ¿por qué no habían de serlo ellos, que vivieron mucho antes que nosotros? Y por si lo ignoras, en sus excursiones planetarias, llegaron a la Tierra, en distintas épocas, y crearon pueblos y ciudades.

»Pero su origen no radica en Marte. Vinieron de otros mundos, millones de siglos atrás. En realidad, son de nuestra misma raza.

Johnny Bluckman estaba boquiabierto.

— ¿Y cómo le explico todo eso al presidente, sin riesgo de perder mi puesto y ser internado en un manicomio?

— Es muy sencillo. Yo puedo ejercer influencia mental sobre él... Hacerle soñar algo maravilloso, con respecto a Orkana. Lo mismo es posible hacer con Jack Warren, el «jefe» de la mayoría del Senado.

»Y si después llegas tú y crees en que la expedición es importante, porque en Moscú están obsesionados con la idea, todos aprobarán el presupuesto.

— ¡Vaya, me has convencido! ¿Te encargarás tú de Harlan y Warren?

— Sí, esta misma noche. De madrugada les haré soñar con los templos subterráneos de Orkana. Te aseguro que les encantará. Pero no os hagáis muchas ilusiones, porque los soviéticos están ya ultimando los preparativos. Es posible que lleguen nuestros astronautas y los arqueólogos y se encuentren que se han adelantado otros.

— ¡No, eso no lo permitiré! ¡Avisaré! a Finlery para que

apresure las cosas! Herbert G. Finlery es el nuevo director general de la NASA.

— ¿Qué me dices, Johnny? — exclamó Vic, evidentemente sorprendido.

— ¿Qué...? ¿Pasa algo?

— Herbert G. Finlery está al servicio de la N.K.V.K. desde que se licenció como ingeniero en la Universidad de Harvard.

— No... no, Vic... ¡Eso no!

* * *

Marta Haggen llegó al anochecer al lujoso apartamiento de Johnny Bluckman. Fue éste quien le abrió la puerta, quedándose ella un tanto confusa.

— Pasa, Marta. Él está en mi alcoba... ¡Ah, perdón; soy Johnny Bluckman!

Ella entró, desconcertada, diciendo:

— No sabía que Vic te conociera.

— Tengo un modesto cargo en el gobierno — dijo Johnny—. Vic tuvo necesidad de mí y vino a verme. No podía dejarle ir sin estrujarle como a un limón. ¿Tú le imbuiste la idea de desterrar a los «Syhkis»?

— Sí. Pero...

— Bueno. Fuimos a Kalahari. Se le agotó la energía eléctrica y tuvimos de asaltar una estación receptora... Se nos ha vuelto un poco negro.

— ¡Oh!

Al ver a Vic, Marta quedó petrificada, sorprendida. Estaba mucho peor que cuando ella le conoció, en Elk City.

— ¿No me das un abrazo?

— Pero... ¡Oh, Vic; qué horrible!

Él sonrió, mostrando los dientes.

— Lo siento. No has debido venir.

Haciendo un esfuerzo, Marta se acercó a él. Había repugnancia en su expresión al extender su mano, vacilante, y tocarle el deteriorado maquillaje.

— Tenía que elegir en volverme un hombre corriente y sencillo, o pasar por este trance... Créeme que lo siento, Marta. Será mejor

que te devuelva a El Haida.

— ¡No! —exclamó ella, con un rápido gesto—. Perdóname. Sé que lees mi pensamiento… La impresión ha sido muy fuerte.

— Tenías que haberle visto electrocutarse — añadió Johnny, sentándose en una butaca ortofuncional, tapizada de tela azul y verde—. El corazón se me paralizó.

»Pero el superhombre necesita energía eléctrica, y nosotros le necesitamos a él.

— ¿Qué has hecho, Vic?

— Lo más importante ha sido desilusionarte. Los «Syhkis» están perdiendo terreno en África. Diplomáticamente, los expulsarán del planeta, o sus dirigentes irán a presidio. ¿No querías eso?

Marta se sentó al borde del amplio lecho de Bluckman y extrajo un cigarrillo del bolso. Gentilmente, Vic se lo encendió sin utilizar encendedor ni nada. Una chispa, surgida de la nada, prendió el tabaco.

— Gracias, Vic — dijo ella maquinalmente.

Leyendo sus pensamientos, él agregó:

— No puedo, Marta. Debo sufrir estas quemaduras. Normalmente, yo estaría muerto. Ya lo sabes. Me regenero así.

— ¿Y no puedes «disfrazarte», cómo tú sabes hacer?

— ¿Y consumir la energía en puerilidades? ¡Oh, Marta; ya nos conocemos muy bien! Cada vez que necesite nutrir mi cerebro, me separaré de ti un mes Voy a procurar, ahorrando todo lo que pueda, qué dure un par de años.

— Escucha, Vic. Eso me preocupa. Tu energía se agota… ¿Por qué no lo dejas?

Johnny Bluckman se apresuró a intervenir diplomáticamente:

— Tanto como eso… Pero hay soluciones intermedias. Vic es un fuera de serie. La utilidad que puede reportar a la patria…

— ¡Vamos, Johnny; no seas demagogo! ¿Me vas a venir ahora con esas? — le amonestó Vic—. Yo soy el primer interesado en ser útil. Pero tú eres insufrible. A cambio de tu ayuda, te he prestado un valioso servicio.

»Me molesta que Igor Clarke te gane la partida. Pero no te la ganará.

— ¡Gracias, Vic! ¡Voy a darte un beso!

«B-45-0» demostró a Marta que el aspecto físico exterior de un

hombre quemado por la electricidad le tenía sin cuidado. Claro que Johnny no estaba enamorado de Vic, como Marta, y el amor propio de ella sufrió un rudo choque.

— Y, sin embargo — siguió diciendo Vic—, eso no es un triunfo personal tuyo. Lo que haces no tiene mérito.

— Sí, pero...

— Igor Clarke no tiene mi ayuda.

Johnny Bluckman abatió la cabeza, avergonzado.

— Yo creí que el fin justificaba los medios... Tienes razón, Vic. Merezco esa bofetada. El sexagenario jefe de la N.K.V.K. me está dando sopas con onda... ¿Qué diría mi padre de mí, si lo supiera?

Capítulo VI

SALVAMENTO SUBMARINO

Marta se quedó en el apartamiento de Bluckman, mientras éste desaparecía una vez más, dispuesto a continuar su lucha profesional, al frente del «Bureau Central».

El presupuesto especial para la exploración de Marte fue aprobado en veinticuatro horas, y el director general de la NASA, Herbert G. Finlery, por causas ignoradas, se suicidó en un hotel de Miami, dos noches después.

En las Repúblicas de Luanda y Kalahari ocurrieron varios acontecimientos históricos de importancia. En primer lugar, el reciente presidente Duk Omuwa fue destituido, a los pocos días de haber ocupado el mando, y ya no se volvió a saber nada de él.

En Kalahari ocurrió una revuelta, que la censura de prensa e información, instaurada en el país, no reveló más que fragmentada. Pero la sangre corrió por las calles de algunas ciudades y muchos altos funcionarios fueron detenidos y procesados.

Después, silencio y calma.

Quince días más tarde, Vic Haggen, ya casi restablecido, luciendo una bonita peluca y elegantemente vestido, a la moda, abandonaba el apartamiento de Johnny Bluckman, no sin antes haber sostenido con éste una conversación telepática.

»—Volvemos a Europa, Johnny.

»— ¿Me dejas?

»—Sí. Te estoy muy reconocido por cuanto has hecho.

»—No, Vic. Soy yo quien te está reconocido a ti. El caso Finlery ha sido un éxito importante. Confesó de pleno y aceptó la derrota con valentía. Le dimos opción a evitamos complicaciones procesales. Era mejor así

Vic no reveló sus sentimientos. Lamentó profundamente que su

información hubiese costado la vida a un hombre. Pero se dijo que las actividades a que estaban dedicados aquellos individuos entrañaban indudable riesgo.

»—No te preocupes. Conoces mi modo de pensar. Lo que puedas hacer tú, no se lo encomiendes a nadie. De todas formas, cuando me necesitéis para una causa humanitaria, podrás contar conmigo.

»—Gracias, Vic. Te agradezco mucho la lección que me diste. Sé que es fácil comerse la fruta cuando está madura.

Sin embargo, debido a esta conversación telepática, Vic habría de verse mezclado de nuevo en los asuntos de «B-45-0», pero, en aquella ocasión, los motivos eran sumamente humanos y transcendentales.

Durante un mes, Vic y Marta vivieron en París, donde celebrarían pronto el fastuoso acontecimiento del fin de siglo.

Marta estaba haciendo acopio de vestidos, que realzaban extraordinariamente su esbelta figura. Se había vuelto muy mundana. Ya apenas le interesaban los fenómenos parapsicológicos — porque Vic le había resuelto infinidad de misterios — y deseaba gozar de la vida, cosa que los estudios no le habían permitido hasta entonces.

Además, con Vic se podían satisfacer todos los caprichos. Él sabía convertir una piedra en un diamante o un pedazo de metal en oro, lo cual no era, precisamente, muy digno ni altruista. Pero con ello no se perjudicaba a nadie, porque el oro o el diamante era auténtico. Lo único que hacía Vic era aumentar la riqueza del planeta, como habían hecho los antiguos alquimistas de la Edad Media.

Vic quería complacer a su mujer, a la que adoraba, sabiéndose perdonar sus faltas, femeninas y humanas. Había abierto varias cuentas corrientes en distintos bancos y su fortuna particular, adquirida por aquellos procedimientos tan poco ortodoxos, subía a varios millones de dólares.

De haber querido colaborar con Johnny Bluckman, sus ingresos habrían aumentado de modo exorbitante, pero él prefería no mezclarse en política.

Por otra parte, Vic no ignoraba que su amigo «B-45-0» mantenía una estrecha vigilancia en torno a él. Más que vigilancia, lo que hacían los hombres del «Bureau Central» norteamericano, era

observarle, saber dónde estaba, por si Johnny tenía necesidad de él.

Y precisamente el mismo día de final de siglo, cuando el mundo se disponía a celebrar la fiesta universal, un acontecimiento extraordinario, que no saltó a los medios informativos, tuvo lugar en el Océano Pacífico, a bordo de un buque de exploración oceanográfica, de nacionalidad soviética.

Una ola, de gran tamaño, única, producida por un lejano maremoto, causó un daño irreparable en la investigación que estaba teniendo efecto, a más de ocho mil metros de profundidad, en la llamada fosa del Japón... ¡Y tres célebres científicos de la Unión Soviética quedaron a merced del destino, en las profundidades del océano!

Al captar la avería, el jefe de la expedición dio órdenes de recoger los cables de acero, de los que estaba suspendido el batiscafo. Estos aparecieron rotos, a una profundidad de seis mil metros.

Los investigadores del buque oceanográfico trataron, por todos los medios, de establecer contacto con el batiscafo y los tres hombres que había en su interior. Se lanzaron sondas y rayos magnéticos, para tratar de hacer algo por los que habían quedado abajo. Pero no se logró nada.

Inmediatamente, se comunicó con la base naval a la que pertenecía el buque, pidiendo ayuda inmediata, porque se sabía que, de no haber ocurrido nada al batiscafo — que era en realidad una especie muy reforzada de batisfera, sin medios de propulsión propios—, sus ocupantes tenían aire para seis horas.

Urgía, pues, enviarles ayuda, recogerlos, por medio de un submarino especial, o dejarles morir en las profundidades abisales.

Desde la Base Naval se pusieron en contacto con Moscú. Alguien pidió ayuda a los Estados Unidos, pues en una base próxima, compartida por japoneses y norteamericanos, había una posibilidad de ayuda, si los americanos accedían a enviarles un equipo especial de salvamento de grandes profundidades. Los soviéticos tenían equipos semejantes, pero se averiguó que estaban en reparación en aquellos instantes.

El renombre internacional de los científicos soviéticos hizo que el presidente Harlan, personalmente, diera órdenes inmediatas al Departamento Naval de prestar toda la ayuda que fuese necesaria.

Así transcurrió la primera hora de angustia.

Pronto se supo que los hombres adecuados para socorrer a los sepultados en la fosa abisal, se encontraban con permiso, disponiéndose a celebrar el final del siglo.

No era posible reunirlos inmediatamente. Pasarían tres o cuatro horas, como mínimo, para que estuvieran dispuestos a emprender el viaje hasta el mar del Japón. Y luego, mientras llegaban allí y efectuaban los preparativos, posiblemente ya sería tarde.

Johnny Bluckman, que se encontraba casualmente en la Casa Blanca, se ofreció a colaborar en aquel importante asunto, olvidándose de la pugna secreta que mantenía a diario con los agentes del bloque rival.

— No me pregunte usted cómo, señor presidente. Pero, si me lo permite, puedo hacer algo por ellos.

— ¡Hágalo, Bluckman! ¡Pero que sea pronto!

«B-45-0» abandonó el despacho del presidente Harlan y, nada más llegar a su coche, ya estaba llamando a París, donde se comunicó con uno de los agentes que vigilaban a Vic Haggen.

— ¡Prioridad absoluta, Mark! Establece contacto con «A.A.S.» —éste era el nombre clave asignado a Vic Haggen—. Dile que se comunique conmigo… ¡Es cuestión de vida o muerte!

— Entendido, «B-45-0». Estableceré contacto ahora mismo.

* * *

Vic Haggen estaba dándose cuenta de que Marta no le amaba. Esto era algo que ni siquiera un privilegiado cerebro como el suyo había logrado captar. Al principio de sus relaciones con ella, cuando se conocieron en el hospital de Elk City, la enorme admiración de la hermosa mujer desorientó a Vic.

De todos los fenómenos psicológicos de la mente, el más difícil de comprender era el amor.

Durante más de un año, Vic Haggen había tratado de comprender el amor. Esto continuaba siendo un enigma para él. ¿Por qué se había casado con Marta?

La atracción «magnética» de él atrajo a Marta, que esperaba descubrir un mundo insospechado de nuevas sensaciones. Y en un aspecto físico, humano, natural, ninguno de ellos quedó

defraudado.

Marta fue muy feliz en su matrimonio. Vic también se sintió feliz con Marta. Pero…

¿Qué estaba ocurriendo entre ambos?

Gracias los inmensos conocimientos de Vic, Marta satisfizo todas sus curiosidades profesionales. Ella tenía material para escribir, no un libro, sino cientos, sobre fenómenos paranormales y metafísicos. Y hasta hacerlo en alguna ocasión, superando en todo al de su tío Brennan.

En el terreno íntimo, el vigor de Vic era extraordinario. Ella había llegado incluso a perder el conocimiento en sus brazos, ahíta de amor y felicidad.

A pesar de esto, Marta, cuya belleza impresionaba por dondequiera que iba, se sentía cada vez más distanciada, por la sencilla razón que él no era un hombre normal. Bastaba mirarle a los ojos para darse cuenta del enorme poder mental de su cerebro.

Marta no se casó con él enamorada del todo, sino más bien impresionada, como si Vic la hubiese forzado a hacerlo. Ella pensó en esto muchas veces. Se dijo que les separaba una gran diferencia física. Y él, comprendiendo sus problemas, le había dicho que, aparte de su poder mental, era un hombre corriente.

Marta no logró aceptar jamás esto. Como compañero, Vic era ideal. La había hecho conocer el mundo real y el irreal. Pero, luego… ¡Cuando volvió a verlo, en casa de Johnny Bluckman, negro y estropeado, tuvo la horrible sensación de haberse casado con un monstruo!

Marta hizo un esfuerzo sobrehumano para reponerse de la impresión. Coadyuvó a ello el indiscutible talento de «B-45-0», quien, al darse cuenta del desencanto de Marta, bromeó y hasta llegó a besar la mejilla de Vic. Esto disipó la atmósfera tensa y Marta actuó ya como una auténtica esposa.

Sin embargo, no engañó a Vic, quien tomó la decisión de aclarar conceptos con Marta cuando se presentase la ocasión, postergando el momento hasta el mismo día de fin de siglo.

Precisamente Marta había adquirido la costumbre de acostarse antes que él, fingiendo estar dormida cuando Vic se acostaba a su lado. Por las mañanas, ella se levantaba temprano, en silencio, creyéndole a él dormido.

En realidad, el muro que iba separándoles iba haciéndose cada vez más alto.

Aquel día, Vic creyó llegado el momento de actuar. Y cuando ella se puso el salto de cama y buscaba las zapatillas de hilo de oro sobre la alfombra, él manifestó:

— Marta.

— ¡Oh, sí! ¿Qué hay, Vic?

— ¿Por qué me huyes?

Ella se volvió lentamente. Sabía que todos sus pensamientos eran leídos y estudiados por su marido. ¿A qué venía, pues, aquella pregunta?

— ¿Te huyo? ¿Qué quieres decir?

— Siéntate, por favor.

Ella vaciló, pero se sentó al borde del lecho.

— Vamos a dejar aparte que mi epidermis se carbonice y ennegrezca. Ya estoy casi repuesto. Mi cabello es débil y se quema, pero luego crece. Gracias a todo eso tus estudios terminaron brillantemente.

»Y quiero dejar aparte también que entre tú y yo exista una gran diferencia mental. No sabes el esfuerzo que me cuesta tratarte como lo que eres. Yo me obligo siempre a ser humano contigo.

Marta había bajado la cabeza y escuchaba pensativamente.

— Algo — continuó diciendo él muy serio — nos separa, Marta.

— ¿Cómo puedes decir eso, Vic? — preguntó Marta, sin convicción en la voz.

— Conozco todos los fenómenos de la mente, excepto uno, que, posiblemente, no debe ser un fenómeno, sino una tendencia natural del ser primitivo que llevamos dentro. Ese fenómeno atractivo une al hombre y a la mujer. La simpatía, la admiración y el sexo es instintiva.

»No ha de ser difícil que tú despiertes simpatía, admiración y atracción. Eres muy bonita, Marta.

Ella sonrió tristemente.

— Te entiendo, Vic — musitó luego.

— Sé que me quieres, Marta — añadió él—. Y yo también te quiero, hasta el extremo de renunciar a mi poder mental por seguir disfrutando de tu amor. No obstante, esto es muy complicado. Me esfuerzo por hallar una explicación a lo que nos ocurre, y no lo

consigo. Soy capaz de autoteleportarme a los confines del Sistema Planetario, mover una montaña, cosa que no logró Mahoma, paralizar todo el funcionamiento de París y crear el caos y la confusión hasta en el Ejército Rojo... ¡Pero no puedo lograr que tu amor por mí sea como debe ser!

Marta le miró fijamente y decidió afrontar la situación cara a cara, con nobleza. No se podía actuar de otra forma con Vic Haggen, y ella lo sabía mejor que nadie.

— Siento causarte este dolor, Vic... Lo siento mucho... No puedo evitarlo... Es una sensación superior a mis fuerzas. Te quiero y te he querido desde que te conocí. De esto estoy segura. Sin embargo... Creo que fue cuando nos separamos por vez primera. Mi angustia me desconcertó. Te necesitaba y no viniste. Temí por ti y sufrí lo indecible. Tú podías llevarme a tu lado y no lo hiciste, aunque yo ignoraba lo que te ocurría.

»Pero cuando te vi allí, en aquel lecho, acartonado, negro, con aquel absurdo maquillaje... ¡Oh, Vic; sufrí una decepción terrible!

— Lo recuerdo, querida. ¿Y eso te afectó tanto como para que ahora huyas de mí y pases el tiempo adquiriendo vestidos que no podrás ni siquiera ponerte, porque pasarán de moda antes?

Marta no respondió.

— Sé que estás tratando de aturdirte, de ofuscarte, de hallar refugio en la irrealidad pueril de la fiesta de esta noche. Todo eso es mundano, Marta. La fiesta de fin de siglo durará una semana. Luego, pasará todo y la vida continuará igual. Pero tu problema no lo habrás resuelto.

»Tendrás que seguir viviendo conmigo o separarte definitivamente.

— ¡No, Vic! ¿Cómo puedes decir eso? — exclamó Marta, arrojándose en los brazos de su esposo.

— ¡Cariño! Si tu inquietud sigue en aumento, al igual que yo te hablo ahora, tendrás que hablarte tú también, porque no dejaré que caigas en la tortura de la irrealidad artificial, que sería mucho peor.

»Hay matrimonios que, en período de crisis, realizan actos irreparables. Con frecuencia, es el alcohol o las drogas los que se apoderan de uno o de ambos cónyuges. Otras veces surgen terceras personas.

»Yo estoy por encima de esos peligros, pero tú no, Marta. Tú

eres más débil. Y la tensión se rompe por el más débil. No quiero que sufras.

— ¡Te quiero, Vic, te quiero!

— Lo sé. Pero algo de tu subconsciente me repele, ¿no es así?

— ¡No, no! ¡Te amo, Vic; te quiero con toda mi alma! Pero...

— Pero ¿qué?

— No sé qué me pasa últimamente... Yo esperaba que tú te darías cuenta y me lo dirías.

— Eso estoy haciendo. Pero no logro adivinar lo que te ocurre — musitó él, acariciándole el cabello con suavidad —. Es extraño, ¿no? Mi poder parapsicológico no consigue descubrir tu secreto.

— ¡Yo no tengo ningún secreto contigo, Vic! Me causó honda pena verte allí, en casa de Bluckman. Pero me repuse, al comprender la verdad. Y no trato de huir de ti... ¡No quiero a otro hombre!

Él sonrió.

— Si eso fuese cierto, lo sabría. Y por tu verdadera felicidad, yo no trataría de impedirte que te fueses con él. Pero me preocupas, Marta. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué me huyes? ¿Hay demasiada electricidad en mí y eso te repele?

— No, Vic, no... Ni yo misma sé por qué lo hago... Es como si...

Marta no pudo seguir hablando. El timbre del teléfono les interrumpió. Antes de descolgar el auricular, Vic ya sabía quién le llamaba.

— Sí, Mark... Vic Haggen. ¿Qué le ocurre a «B-45-0»?... Muy bien. Espero que sea importante.

Vic colgó el auricular y entornó los ojos. Marta le observaba, inquieta. Cuando los abrió de nuevo, saltó del lecho y se dirigió hacia el cuarto de baño.

— ¿Qué ocurre, Vic?

— Tengo que irme. «Saltaré» al aeropuerto, donde me espera un avión cohete que me llevará al Japón. Podría ir directamente, pero quiero ahorrar energía.

— Sucede algo malo?

— Tres científicos rusos están en un grave apuro, a más de ocho mil metros de profundidad, en el fondo del Pacífico. Se han roto los cables del batiscafo en el que descendían y no pueden ser rescatados.

— ¿Rusos, precisamente?

— Daría lo mismo si fueran «Syhkis» Marta — replicó Vic, ya en el baño, abriendo los grifos del agua —. Son seres humanos. Dije a Johnny que para estas cosas le ayudaría. Y me consta que no tiene ningún interés político. Por el contrario, se va a meter en un lío por haberme llamado, porque yo no puedo sacar a esos hombres de donde se encuentran, sin que todo el mundo se entere de mis extraordinarios poderes.

— ¿Te importan las vidas de esos hombres?

— Son vidas humanas, Marta. Si rehusara ayudarles, no me lo perdonaría jamás...

— ¡Miles y miles de personas mueren diariamente en este planeta, y no puedes ayudarles a seguir viviendo! ¿Por qué vas a complicarte la vida interviniendo en ese asunto?

— Porque Johnny Bluckman me lo ha pedido, y a él se lo ha pedido el presidente Harlan... ¡Y porque quiero hacerlo, Marta!

Pocos minutos después, él se disponía a teleportarse.

— ¿Y la fiesta de esta noche, Vic? — preguntó Marta.

— Lo siento... No sé cuándo volveré... Espérame.

Capítulo VII

AÑO 2000

— No hace falta amerizar — dijo Vic al comandante de la nave francesa que le llevó, en menos de dos horas, desde París hasta más allá del Japón—. Si tuviese tiempo, se lo explicaría.

— ¿Y cómo va usted a alcanzar el buque oceanográfico? ¿En paracaídas?

Vic sonrió y dijo:

— Le ruego que no se sorprenda usted de nada, comandante Nivett. Su misión ha terminado. Si he utilizado este aparato ha sido para ahorrarme una gran cantidad de energía. Ahora no tengo más remedio que consumir la que sea preciso. El tiempo apremia.

¡Y Vic Haggen desapareció ante los atónitos ojos del comandante Nivett, quien creyó volverse loco de la impresión!

Vic apareció, en el mismo instante, en el puente del buque oceanográfico «Sebaskaya-II», cuyo capitán se quedó con la palabra en la boca, asombrado.

Había allí varios oficiales y hombres de ciencia. Todos retrocedieron, impresionados y boquiabiertos.

— Disculpen, caballeros — Vic habló en ruso—. Estoy aquí para ayudarles a sacar del fondo a Wladimir Korsoff, Nicolai Dovrisky y Anton Estaninsky.

— ¿De dónde viene...? ¿Quién es...?

— Dejémonos de palabras huecas, caballeros. Voy a descender hasta el fondo y a penetrar en el batiscafo. Hibernaré a los tres hombres y los conservaré todo el tiempo que sea necesario. Es la solución mejor. Sus vidas están en precario ya.

— Tienen aire para...

— ¡El aire está sumamente enrarecido allá abajo, y lo sé mejor que ustedes! — replicó Vic vivamente—. Hagan lo que les digo y

pregunten después. Yo bajo primero. Ustedes tienen que situar el buque en la posición que tenían antes de venir la ola gigante. Luego, desciendan los cables hasta el fondo. Yo me encargaré de soldarlos y arrancar la batisfera de la encajonadura donde está aprisionada.

— ¿Va usted a soldar los cables? ¿Cómo? ¡Llévense a este loco de aquí! — gritó el Dr. Gromver director de la operación.

— Así — dijo Vic, alzando la mano y haciendo saltar chispas eléctricas, para consternación de todos los presentes, desde el extremo del pulgar al extremo del índice—. Hagan lo que les digo. Ahora, disculpen. Me voy al fondo.

Antes de que nadie pudiera replicar, Vic Haggen se esfumó del mismo modo que había llegado, dejándoles a todos como si acabasen de sufrir una hipnosis colectiva.

No menor fue la sorpresa y el asombro de los tres condenados a muerte, sumergidos en el abismo marino, al ver materializarse un hombre entre ellos.

El joven Anton Estaninsky lanzó un grito y perdió el conocimiento, quedando ladeado sobre el estrecho pallete del fondo.

— Perdón, señores… Hagan sitio — dijo Vic, sonriendo.

— ¿Qué… qué… qué…? — empezó a tartamudear el jefe del grupo, profesor Wladimir Korsoff.

Dovrisky se había puesto blanco como la cera.

— Calma y serenidad. Vengo a salvarles. De momento, aquí no hay aire para todos. Y tenemos que esperar a que nos suban… Yo podría sacarles, pero llegarían muertos a la superficie. La teleportación física, desde el fondo del mar, es peligrosa, debido a la presión abisal. Usted sabe de eso, ¿verdad, profesor Korsoff?

— ¿Cómo ha llegado… hasta aquí? ¿Qué espíritu es?

— Nada de espíritu. Puede tocarme. Soy norteamericano… Un caso extraordinario.

— ¡No se acerque! —gritó Korsoff—. ¡Sólo puede ser un fantasma!

— ¡Por Dios, profesor! ¿Cree usted en fantasmas?

La realidad tangible de Vic Haggen, su presencia, su palabra y su tranquilidad, empezaron a causar su efecto. Nicolai Dovrisky le tocó el brazo.

— ¡Por inaudito que parezca, es de carne y hueso! — exclamó.

— Ustedes no pueden comprenderlo. Pero me he autoteleportado y aquí estoy. Ahora se trata de que hagan lo que yo les diga y podrán salir de aquí.

— ¿Cómo? — preguntó Korsoff.

— Voy a dormirles en un sueño profundo... Se llama hibernación. No consumirán siquiera aire. Eso es necesario, porque hemos de esperar unas horas. Además, esto se va a convertir pronto en una pila eléctrica de alto voltaje. Debo localizar los cables en el exterior y soldarlos a los que nos envíen desde arriba.

— ¿Va usted a salir al exterior?

— No. Mi fuerza mental. Trataré de mantener unidos los cables, cuando estén juntos. Luego los soldaré. Es más seguro que anudarlos. Después, indicaré al Dr. Gromver que utilicen las grúas cuando logre despegar la batisfera de las rocas en que se encuentra encajonada.

— Percibimos un fuerte golpe. Por suerte, la batisfera resistió el choque. Está hecha con cuadernas de tungsteno y wolframio. Las mirillas son de cuarzo especial.

— Bien, usted primero, Dovrisky — dijo Vic—. Duérmase.

El aludido ladeó la cabeza y quedó profundamente dormido, hasta el extremo que dejó incluso de respirar. La misma operación repitió Vic con el desmayado Estaninsky, quien pasó del desvanecimiento a la hibernación más profunda, sin darse cuenta.

— Yo preferiría observarle a usted, señor...

— Perdone que no le dé mi nombre... Puede llamarme «Kamus», sin embargo.

—¿«Kamus»? ¿Qué significa?

— Nada. Es el personaje de un libro.

— ¿El libro del profesor Anthony Brennan? — preguntó Korsoff.

— El mismo.

— ¿Es usted?

— Sí.

— ¡Y yo que creí que era una tomadura de pelo, obra de un loco!

— Pues deje de creerlo, profesor Korsoff. Gracias a mí va usted a salir con vida de esta prueba.

— ¡Déjeme consciente! ¡Quiero verlo todo! ¡Por esto descendí!

— ¿Buscaban ustedes informes científicos?

— Sí. Nos interesa especialmente probar la resistencia de la aleación de tungsteno y wolframio. Pero también la fauna abisal de esta zona. Se supone que existen animales extraordinarios que se refugian aquí.

— ¿Sabe usted lo que es esto, profesor Korsoff? Me refiero a la encajonadura.

— No. ¿Qué es?

— Una grieta en la corteza basáltica submarina. Usted sabe que los continentes derivan. Esta grieta se abre a razón de un centímetro por año. Cuando llegue al manto, surgirán masas de lava incandescente. Habrá una tremenda presión, seguida de un volcán submarino y un maremoto.

»La corteza terrestre no está solidificada aún. Imagine usted si la lava surge en este momento.

— No temo a la muerte.

— No, a usted le importa más el fracaso de su expedición. No se preocupe. Le dejaré hasta el último instante. Arriba están un poco desorientados... Voy a comunicarme con el comandante de la «Sebaskaya-II» — Vic cerró los ojos y se concentró, retransmitiendo en estado de trance varias órdenes que en la superficie del océano captaron los navegantes:

(«—Deben situarse tres grados más a babor y estabilizar la nave. Pero eso pueden hacerlo mientras dejan ir los cables... Estoy con el profesor Korsoff... La batisfera está encajonada en una grieta profunda, que los cables no podrían arrancar. No se preocupen, no obstante, que mi presencia aquí ha de ser útil.

»— ¿Está usted con el profesor Korsoff?

— Sí.

»— El comandante Nivett, de la Fuerza Aérea Francesa, ha comunicado que le ha traído desde París, por intervención personal del presidente Harlan, ¡y que ha desaparecido usted ante sus ojos, como hizo con nosotros!

— No se sorprenda, Dr. Gromver. Le dije que les daría todas las explicaciones convenientes cuando llegase el momento. Primero interesa salvar a estos hombres.

»—Sí, seguiremos todas sus indicaciones.

»—Primera: cables abajo. Segunda: sitúen el buque tres grados a

babor. Luego, esperen mi aviso. Cuando se lo indique, izarán el batiscafo y regresaremos todos a la superficie. ¿Comprendido?

»— Comprendido.)

Abajo, Vic miró a Korsoff y dijo:

— Parece que han comprendido… Siéntese usted. ¿Qué desea saber?

— ¿Y me lo pregunta? Soy humano.

— Un rayo me alcanzó en las inmediaciones de Elk City, Oklahoma. Me desperté en un hospital, donde mi encefalograma estaba a punto de enloquecer a un médico.

»Poseo un cerebro altamente electrificado. Hiperinteligencia. Valores parapsicológicos y metafísicos. Mi primer año fue una experiencia increíble. Luego se agotó mi energía y tuve que autorregenerarme. Lo hice y estaba dispuesto a ser más comedido. No sé cuántas veces podré autorregenerarme. Temo que todo tenga un límite y un día me encuentre con que acabó lo que empezó el rayo.

— ¡Es asombroso! —exclamó Korsoff—. Usted, prácticamente, lo puede todo.

— Sí, aunque los demás no lo comprendan.

— ¡No sabe la alegría que me causa el conocerle! Y más, en estas circunstancias tan dramáticas. En verdad, no me asusta la muerte. Ya he vivido bastante y morir por la ciencia es una buena causa.

— Le admiro a usted, profesor Korsoff. No podía dejarle morir, aunque mi esposa…

— ¿Es usted casado?

— Sí. Y tengo un problema con ella.

— No me extraña. Debía tener muchos. Una mortal no se debe casar con un dios. No lo comprendería nunca.

— ¿Cree usted que soy un dios?

— Si hace todo lo que leí en el libro de Anthony Brennan, ¿qué otro nombre se le puede dar?

Vic se quedó pensativo.

— Sí, Marta debe pensar eso, aunque no formule el pensamiento. Hay algo en su mente que se me escapa. Son pensamientos sin formular, ideas abstractas del subconsciente, que yo debería comprender, pero que no consigo entender.

»No, hay un abismo entre Dios y yo. Si usted poseyera mis

conocimientos, lo sabría. El hombre, cuanto más sabe, más ignora. Yo sé todo lo que saben los seres humanos, pero no sé lo que ignoran.

— Cierto. Eso es un principio filosófico muy antiguo, hijo mío... Perdona que te llame hijo, pero tengo muchos más años que tú.

— No importa. Además, está usted casado y es feliz.

— Sí, me casé con la cocinera de la pensión donde vivía, en Moscú. Sonia hace unos pasteles insuperables. Me gustaría que viniera usted alguna vez a probarlos.

— Iré, profesor. Se lo prometo... ¿Cocinera ella y usted un sabio? ¡Esa es la explicación!

— No le entiendo.

— Ni lo intente. Ahora tiene que dormir, profesor. El aire ya escasea. ¿No lo nota?

— Sí... Empiezo a respirar con dificultad...

Vic se apresuró a hibernar a Korsoff, dejándole cuidadosamente tendido junto a sus compañeros. Luego, se sentó él también y contuvo el aliento. Podía dirigir incluso su organismo biológico.

Transcurrieron lentamente los minutos en las profundidades abisales del océano, donde la existencia pareció haberse suspendido por completo. Incluso un cerebro como el de Vic Haggen tuvo ocasión allí de ensimismarse y encontrar nuevos recovecos inéditos, todavía desconocidos para él, que durante más de un año había estudiado profundamente los misterios de la mente humana.

A ello contribuyó el hecho paradójico de estar finalizando la importante fecha, símbolo del tiempo, que los gobiernos del mundo entero querían festejar del mejor modo posible.

En efecto. Faltaban pocas horas para que, desde el observatorio de Greenwich, se retransmitiera al mundo entero, vía satélite, el momento exacto e histórico en que terminaba el año 1999 y empezaba el año 2000.

Debido a los distintos horarios del mundo, fue preciso, en aquella ocasión, señalar astronómicamente un momento exacto e igual, para todos los países, en donde debía iniciarse la gran fiesta, que duraría siete días.

Se eligió Greenwich por razones históricas. París, Ginebra, Roma, Londres, Madrid, Lisboa y algunas capitales de África, celebraban el principio de la fiesta universal a las doce en punto de

la noche. Los demás países se unían a través del espacio, la televisión y la radio, para celebrar también la Semana Universal.

Los programas preparados habían de ser espectaculares. Todo el mundo en fiesta. Paz, hermandad, alegría y alborozo.

Vic Haggen sabía que, durante aquella primera semana del siglo XXI, miles de personas perderían la vida, víctimas de imprudencias temerarias, por abusos de bebidas, drogas, por agotamiento, por innumerables motivos.

Sabía que iban a nacer muchos más seres de los que perecerían. Y estableció una relación filosófica entre la vida y la muerte, tan lógica una como la otra. Supo de la temeridad, de la locura, del abandono, del desenfreno y la soledad... ¡Y hasta supo de gentes, millones de los cuales no tendrían siquiera un pedazo de pan para celebrar el magno acontecimiento!

Él estaba en uno de los más profundos lugares del Pacífico. Solo. Aislado. Alejado de la civilización y hasta de sí mismo.

Pero comprendió que la Humanidad estaba saliendo ya del marasmo histórico a que la había llevado la superstición y la ignorancia. Supo que pronto habría alimentos para todos los seres vivientes, porque germinaba el principio inevitable de la evolución.

Todavía morirían millones de inocentes y miles de culpables, porque éste era un designio natural. Pero, poco a poco, los hombres encontraban el verdadero y auténtico camino.

No importaba lo que pudiera ocurrirle a él. Podía saberlo, si lo deseaba. Sólo tenía que concentrarse en el futuro. Pero Vic no lo quiso hacer nunca. El porvenir le podía ser revelado gracias a los conocimientos extrasensoriales de su mente.

Vic se decía que conocer el futuro era tanto como haber vivido el presente. Al final, siempre encontraría lo mismo: el Más Allá. Y eso le estaba prohibido al hombre.

Y pensó en Marta, diciéndose que debía amarla a pesar de todo, olvidándose de aquellos defectos que sólo creaba la desigualdad entre ambos, porque él no era exactamente un hombre común y corriente. ¿Qué otra razón podía existir?

Al fin, los cables del «Sebaskaya-II» llegaron hasta el batiscafo. Vic los captó, utilizando los tentáculos de su prodigiosa mente. Los mantuvo unidos unos segundos, mientras que dardos de fuego fundían sus extremos metálicos y los unían con tanto esmero y

cuidado como si no se hubieran roto jamás.

Una tarea rápida, precisa y segura, terminada la cual Vic envió un mensaje telepático a Dr. Gromver, rogándole que estuviese preparado para iniciar la recuperación del batiscafo.

Antes, Vic Haggen tenía que hacer de Hércules y lanzar en dos direcciones la gigantesca fuerza mental de su cerebro, a fin de separar las rocas submarinas lo suficiente para que la esfera metálica, donde estaban él y los tres científicos soviéticos pudiera ascender libremente hacia la superficie.

Esto era lo más difícil. Vic lo sabía. Era tanto como separar dos continentes, descoyuntar la corteza terrestre, distanciarla, aunque sólo fuesen unos centímetros. El batiscafo quedaría libre y podría ser izado a la superficie.

Cuando tensaron los cables desde el «Sebaskaya-II» obedeciendo órdenes suyas, Vic extendió los brazos y apoyó las manos en ambos extremos interiores del batiscafo.

»— ¡Preparados! —ordenó mentalmente.

Entonces dio a su cerebro todo el poder que pudo reunir en una fracción de segundo. Su cuerpo se tensó, arqueándose a la vez. Su mente se distendió en dos direcciones opuestas, con una fuerza titánica increíble.

Las rocas de basalto recibieron aquel impulso misterioso y superhumano, como si se tratase de un ser mitológico. La naturaleza ciega y bestial opuso tenaz resistencia, negándose a ser dominada por la fuerza mental de un hombre que había atravesado las fronteras de lo racional.

Y, por unos instantes, equilibradas las fuerzas, el hombre y la naturaleza no pudieron solucionar nada. Parecía que Vic Haggen no lograría su propósito, que había sobrestimado su poder, que no existía nada humano capaz de mover aquella mole submarina, donde una obra del hombre se había enquistado.

Pero Vic aumentó la presión. Parecía a punto de estallar. Estaba rojo como una cereza, arqueado como una ballesta, tenso, diabólicamente retador y desafiante.

Y sintió como si algo estallase en su propia mente. Un chasquido. Algo que le trastornó visiblemente.

¡Pero, en el exterior, las rocas retrocedieron, y el batiscafo, libre ya, sufrió un tirón hacia la superficie!

Vic Haggen, desmadejado, cayó al suelo, jadeante y agotado. No había querido consumir tan pronto su energía. Pero el esfuerzo le hizo agotar totalmente la capacidad extraordinaria de su cerebro.

Cuando, media hora después, Vic Haggen era sacado del batiscafo, su cerebro había dejado de pertenecer a las fuerzas ocultas y misteriosas de lo extrasensorial, para quedarse en lo que siempre fue: ¡un cerebro humano!

Capítulo VIII

VIC HAGGEN, EL HOMBRE

Un estimulante reanimó a Vic, quien recobró el conocimiento y se encontró en la enfermería del buque oceanográfico «Sebaskaya-II», ante el profesor Wladimir Korsoff y el director de la expedición, Dr. Gromver. Un médico estaba con ellos.

— ¿Cómo se encuentra usted, señor Haggen? — preguntó el Dr. Gromver.

Vic los miró a todos, antes de responder.

— No lo sé... ¿Es usted médico?

— Sí — replicó el aludido.

Todos hablaban ruso allí. Era un idioma que Vic había aprendido sin saber cómo, aunque hurgando en sus prodigiosos conocimientos cerebrales.

— ¿Me ha reconocido?

— Sí. Está muy cansado, extenuado, diría yo. Pero da señales de recuperación.

— Hice un esfuerzo titánico.

— ¿Cómo soldó usted los cables? Hemos examinado el acero y no hemos podido hallar el menor indicio de soldadura. Y no cabe la menor duda de que está unido.

— Eso fue lo de menos... ¿Qué hora es?

— Faltan todavía cuatro horas para las doce de la noche en Greenwich.

— Quisiera volver a París.

— Me temo que no va a poder ser — dijo el médico.

— Necesito estar allí cuando termine el siglo... Se lo debo a mi esposa... Ya he hecho más de lo que podía por ustedes.

— Le estamos muy agradecidos por su ayuda. Pero... Este buque no llegará al puerto más próximo hasta mañana.

Vic levantó vivamente la cabeza.

— ¿Y no hay forma de pedir ayuda aérea?

— Hablaré con el comandante — dijo el Dr. Gromver—. Lo que ha hecho usted por nosotros bien merece una recompensa. Vuelvo en seguida.

Gromver salió y Korsoff dijo:

— Ha permanecido usted dos horas sin sentido. Nosotros nos hemos recobrado nada más salir del batiscafo.

— La hibernación hipnótica a que les sometí estaba programada de ese modo, profesor Korsoff. Y debo decirle que... Bueno, no es necesario — Vic sonrió ampliamente—. Por vez primera en más de un año, me siento contento.

— La acción que ha realizado, al sacarnos del apuro en que estábamos, merece nuestro más profundo reconocimiento. Yo hablaré de usted en la Unión Soviética...

— ¡Oh no; eso sí que no! Precisamente quiero que no hablen de esto.

— Nos va a ser difícil. Tanto nuestro gobierno como el de Francia, el Japón y los Estados Unidos, están enterados ya del rescate — habló Korsoff.

Vic se mordió los labios.

— Lo siento... ¿Quiere usted hacerme un favor, profesor Korsoff?

— ¡Lo haría todo por usted!

Una voz familiar, en el pasillo que comunicaba con la enfermería, hizo exclamar a Vic:

— ¡No, ya no es necesario, profesor!

Efectivamente, la puerta se abrió y apareció Johnny Bluckman, ataviado con un mono azul de vuelo, con las insignias de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

— ¡Vic! — exclamó Johnny, al entrar, seguido del Dr. Gromver y del comandante del buque oceanográfico «Sebaskaya-II».

— Esta vez no te esperaba, Johnny — dijo Vic.

— Acabo de amerizar junto a este buque. No he podido llegar antes. ¿Cómo ha ido todo?

Johnny Bluckman también hablaba ruso, pero no lo aprendió en los recovecos de su mente, como Vic, sino en la Universidad. Y era la primera vez también que el misterioso jefe del «Bureau Central» estadounidense se hallaba a bordo de un buque considerado

enemigo.

Por fortuna, nadie en el «Sebaskaya-II» sabía que el visitante era «B-45-0».

Johnny había amerizado junto al buque, volando en un ultrarrápido hidro cohete de la U.S.A.F., y los rusos, al conocer el motivo, autorizaron a Johnny que subiera a bordo. Lo que Vic Haggen acababa de hacer bien valía una reconciliación, aunque fuese privada y limitada.

Por videoteléfono, el presidente Harlan y el Primer Ministro de la Unión Soviética ya se habían felicitado mutuamente, brindando ambos por el éxito del rescate.

— ¿Vas a llevarme a París, Johnny?

— Tengo que conducirte a Washington.

— No. Primero a París. Te lo contaré por el camino. Ameriza en el Sena, si es preciso. Pero debo estar allí antes de las doce de la noche

— ¡Caramba, eso no estaba previsto! El presidente Harlan quiere tenerte sentado a su lado en este memorable día.

— No puede ser, Johnny. Me pediste un favor. He salvado a esos hombres y me siento muy honrado con haberlo hecho. Pese a que no vas a creer lo que te cuente, si tuviese que hacerlo de nuevo, en las mismas condiciones, volvería a hacerlo.

— Ese tono de voz… ¿No es patético, Vic? — ahora Johnny Bluckman hablaba en inglés para Vic, como si los rusos no estuviesen allí.

— Patético y angustioso, Johnny.

— Bien… ¿Estás en condiciones de caminar? ¿Puedes levantarte?

— Lo haría aunque no pudiera… Échame una mano.

Vic se incorporó. Poco después, en una lancha, fue transportado al hidro cohete, que estaba flotando a escasa distancia del buque. Desde la cubierta de éste, toda la tripulación le saludó con entusiasmo, vitoreándole.

Vic Haggen correspondió al saludo débilmente y a sus ojos asomaron lágrimas de emoción cuando el comandante de la nave rusa hizo enarbolar una bandera norteamericana, junto a la suya propia, en señal de saludo.

— ¡Gracias, señor Haggen!

* * *

— ¿Y bien, Vic? — se apresuró a preguntar Johnny, cuando estuvieron instalados en la cómoda cámara particular del hidro cohete, propiedad de «B-45-0» —. Algo hay... ¿Qué es?

— Cuando Mark me llamó esta mañana, Marta y yo estábamos discutiendo algo importante. Posiblemente, íbamos a tener que separarnos.

— ¡Hum! Eso es grave, sí. Pero... mujeres hay muchas.

— Y hombres como yo sólo hay uno.

— Exacto, «monstruo».

— Pues bien... ¡El «monstruo» ha muerto!

— Respiras muy bien ¿Quieres un whisky?... Explícate.

Vic explicó en pocas palabras lo que había hecho en el fondo del océano, dejando boquiabierto a Johnny.

— ¿Roca basáltica?

— Sin lugar a dudas... Obligué a retroceder unos centímetros toda esa masa ingente de material, cuya longitud es enorme. No podía hacer otra cosa.

— ¿No hubiera sido más fácil aplastar la batisfera?

— Estábamos aprisionados. Las cuadernas se encontraban al límite de la presión que podían soportar. No sé lo que sucedió con exactitud para quedar aprisionados de aquel modo. Pero si, para librar a la batisfera, la aplasto más, habríamos perecido los cuatro. Empujé las rocas, al estilo de Hércules... ¡Y toda mi energía se consumió en un segundo!

— Bueno... Tenemos el biberón eléctrico. Una descarga y vuelves a recuperar tu energía.

Vic sacudió la cabeza, diciendo:

— No. Eso se acabó.

— ¿Qué?

— Me has oído, Johnny. En ti puedo confiar plenamente. Nos entendemos bien.

— ¿Y renunciar al poder más fantástico que haya tenido jamás nadie en este pequeño y sucio planeta? ¿Estás loco?

— No, estoy cuerdo, Johnny. Precisamente ésa es la causa que me induce a renunciar a mi poder... Este mundo es pequeño y está podrido. Yo no puedo dedicarme a salvarlo. Se necesita el esfuerzo

conjunto de muchos seres.

»Quiero a Marta. Estoy a punto de perderla por todo lo que me ocurre. Y no deseo seguir siendo un superhombre.

— ¡Alabado sea Dios! ¡Daría todo cuanto tengo por tener lo que tú! ¡El mundo entero, sin exceptuar un exceptuar un alma, renunciaría a media vida por ser como tú eres! ¡Y tú... tú...! ¡Oh, Dios, baja y fulmíname!

— No te pongas melodramático, Johnny. Estoy hablándote en serio. ¿Quién era yo antes de ocurrirme eso? Un simple y oscuro pastor, sin cerebro, un retrasado mental. Ahora tengo unos conocimientos que para sí querrían millones de hombres inteligentes, porque todo lo que sé y he aprendido continúa en mi mente.

»Pero mi poder mental se ha agotado. Por vez primera me siento liberado de una terrible carga. Me he librado de la inquietante responsabilidad de ser más que los demás. Ahora somos todos iguales. No puedo leer tu mente, ni levantar cuerpos, ni hacer nada con la ayuda de mi cerebro.

»Podía absorber nueva energía eléctrica. No sé cuántas veces más. Podía concentrarme y ver el futuro, mi futuro y el de todos vosotros. Ahora no tengo por qué sostener esa lucha... ¡Ni tengo que aparecer ante Marta como un ser distinto!

— ¿Estás resuelto, Vic?

— Firmemente decidido.

— Bien. En primer lugar, permíteme ser el primero en felicitarte. Lo que haces es elogiable, admirable, maravilloso, etc., etc. Pero permíteme, también que te diga la verdad. Eres un cretino, un estúpido y un necio.

— Te equivocas, Johnny. Es una decisión tomada cuando estaba en posesión de mis plenas facultades extraordinarias. ¿Sabes? El profesor Korsoff se casó con la cocinera de la pensión donde vivía, siendo él estudiante privilegiado y ella una muchacha del pueblo que sólo sabía cocinar. Pronto se encontraron igual que Marta y yo. Tuvieron sus crisis, que en mi caso es más acusada, por la notable diferencia entre ella y yo. Pero últimamente eran muy felices.

»Y eso es lo que importa, Johnny. Tú serás feliz realizando tu peligroso trabajo en el contraespionaje internacional. Te sientes seguro y fuerte. Eres inteligente y lo sabes. Cásate y verás que el

matrimonio puede ser feliz o infeliz.

— ¡Bah, hablas como si el matrimonio fuese lo más importante en la vida! Yo tengo todas las mujeres que quiero y ninguna me quita el sueño.

— Te felicito, Johnny. Como tú hay millones de seres. Eso no importa, ni cambia el mundo. Los hijos nacen, aunque los padres no estén casados. Según Huxley, los hombres serán producto del laboratorio.

Fantástico. Halagar al presidente Harlan o a su sucesor es más importante.

»Incluso puedes ser importante tú también y llegar a ser presidente. Yo podía serlo... ¡Podía haber sido hasta el tirano Haggen, doblegando a la humanidad doliente a postrarse a mis pies!

— ¿Y quién te lo habría impedido?

— Mi conciencia, Johnny. No se adquiere el poder que yo he tenido sin poseer una sólida conciencia.

Y creo haberlo dicho todo.

Johnny Bluckman bebió un largo trago del «whisky» que se había servido de un bar adosado al muro de la cabina. Luego, miró a Vic.

— No te he comprendido porque tú y yo somos diferentes. Sin embargo, quisiera saber algo. ¿Puedes decírmelo?

— ¿Qué es ello?

— ¿Tienes miedo, Vic?

— No. Quiero a Marta.

— ¿Y si ella no te quisiera a ti?

— Entonces creo que volvería a cuidar ovejas con el señor Olmedo, allá donde sólo Pete Newry pasa de vez en cuando, saludando con su bastón en alto.

— ¿A esperar otro rayo?

— Sí, el definitivo. Pero mi alma se habrá salvado. Y yo le doy a esa razón mucha más importancia que tú.

Johnny se puso a aplaudir cínicamente.

— ¡Bravo, mi querido y poderoso amigo! ¡Eso es un final estupendo para un autor mediocre! Te retiras, vuelves con tu esposa o con tus ovejas y lo importante es haber salvado el alma... ¡Maravilloso!

Johnny se acercó a Vic y añadió, aviesamente:

— ¿Sabes lo que estoy pensando?

— No.

— Pues te lo voy a decir... ¡Estoy pensando en abrir la escotilla y arrojarte al vacío! ¡Eso es lo que pienso! Y luego renegar de haberte conocido.

»De modo que la humanidad se encuentra con un auténtico genio, de increíble y extraordinario poder, y ahora resulta que el fabuloso, extraordinario y genial Vic Haggen, Sumo Sacerdote de la Metafísica, es un hombre vulgar y corriente, de los que derraman lágrimas porque una chica mona está coqueteando con él.

— Basta, Johnny. No nos entendemos.

— ¡Yo sólo podía entenderme con el individuo que desmantela instalaciones industriales en Kalahari y devora la energía eléctrica de todo Nueva York! ¡Con chiquillos románticos y anticuados no puedo entenderme, porque los desprecio!

— De acuerdo, Johnny. Déjame en París y vete. Yo tampoco me entiendo contigo.

— ¿Y qué le digo al presidente, cuando me pregunte por ti?

— Dile que no me interesa la política, Johnny.

* * *

El hidrocohete amerizó en las proximidades de El Havre, a las once en punto de la noche del día 31 de diciembre de 1999. Allí, esperaba a Vic un cohete anfibio que le trasladó a París en quince minutos.

Y a las doce menos cuarto de la noche, Vic llegaba a la azotea de su alojamiento.

Al entrar en el lujoso apartamiento, Janet, la doncella, salió a recibirle.

— ¿Dónde está mi esposa, Janet?

— Ha salido, señor.

La decepción de Vic fue inmensa.

— ¿Ha salido? ¿A dónde?

— Se vistió para la primera fiesta y se fue. Dijo que usted no vendría.

— ¿Sabes dónde ha ido?

— Al nuevo edificio de la Ópera, creo.

— ¿Y tú no sales, Janet?

— Pues... Con el permiso de la señora, hemos organizado. una fiesta en la cocina. Hay varios empleados del edificio conmigo... Vamos a brindar, delante de la telecolor... Pensábamos bailar y luego... como tengo fiesta toda la semana...

—¿Quieres ayudarme a vestirme de etiqueta, Janet?

— Sí, señor.

— No te entretendré mucho... Pídeme un helicotaxi.

Vic recordó las palabras de Johnny Bluckman, mientras se vestía. «¿Y si ella (Marta) no te quisiera a ti?» «Entonces, volvería a cuidar ovejas con el señor Olmedo».

Antes de marcharse, Vic dijo a Marta que volvería. Ella debió esperarle. Tenía que decirle que ya ambos eran iguales, sin más poder uno que el otro. Tenía que decirle que nada ni nadie podía interponerse entre ellos, y que la amaba con toda su alma.

Pero Marta no estaba allí para recibir la noticia, Y, ni siquiera tenía poder, como antes, para enviarle un mensaje telepático. Tampoco podía localizarla a distancia. Era preciso recorrer París en una noche en donde todo el mundo parecía estar en la calle, despidiendo el siglo y disponiéndose a recibir al año 2000.

¿Estaría en una de las cincuenta o cien salas del nuevo edificio de la Plaza de la Ópera, donde se encontraría lo mejor de la aristocracia francesa, de las finanzas, de la política y de las ciencias?

Salió de su apartamiento cinco minutos antes de las doce. Tomó un helicotaxi y sobrevoló la ciudad, tomando tierra en la azotea más bigarrada y pintoresca del mundo, en el instante mismo en que la Tierra parecía estremecerse con el estruendo de mil ruidos enloquecedores, por que acababan de dar las doce en punto y por todas partes se oían sirenas, silbidos, gritos, vítores.

Nada más bajar del aparato, le rociaron con champaña, le abrazaron numerosas mujeres, que no le conocían de nada, le llevaron de un lugar a otro, y terminaron por derribarle junto a uno de los ascensores, pisoteándole luego la gente que no dejaba de afluir por todas partes, yendo de un lugar a otro, gritando, corriendo, alborotando en el colmo del frenesí más disparatado.

Alguien levantó a Vic y lo llevó hasta un puesto de asistencia médica. Estaba medio inconsciente, sangraba por la nariz y por la

boca, le habían desgarrado las ropas y roto algunos huesos.

Fue preciso trasladarlo a un hospital. Pero hasta las ambulancias aéreas estaban enloquecidas aquella noche. Vic hubo de esperar más de una hora, gimiendo, hasta que al fin un médico se apiadó de él y exigió que vinieran a buscarle inmediatamente.

El número de heridos iba en aumento. El desenfreno y la locura discurrían por sendas de algarabía indescriptible, como un fantástico carnaval en donde la gente sólo pensaba en divertirse, olvidados todos los sufrimientos y padecimientos de los demás.

A las tres de la madrugada, un médico curaba someramente a Vic en el hospital central, porque las ambulancias estaban funcionando de modo increíble.

Y nadie se preocupó de averiguar la identidad de Vic. Nadie avisó a su casa. Nadie se acordó del hombre que había sacudido el mundo pocas horas antes, para salvar de la muerte a tres científicos rusos.

Vic Haggen fue alojado en una sala y olvidado casi inmediatamente.

¡La humanidad estaba celebrando el inefable principio de siglo!

Capítulo IX

LA FURIA DESATADA

Primero, Marta llamó a su apartamiento, pero sin obtener respuesta. Eran las cinco de la mañana. La acompañaba un joven alto, rubio, muy elegante, con el que había estado bebiendo y bailando en varias de las pistas del edificio de la Ópera.

No estaba muy segura, pero creía saber que se llamaba Hans y era diplomático alemán.

Como nadie le contestó, continuó bebiendo y bailando. Luego, aturdida, despertó en un automóvil, dando un paseo por el Bois de Bologne, con la cabeza apoyada en el hombro de un individuo delgado, que en nada se parecía a Hans, y que dijo llamarse David.

Cuando él detuvo el coche y trató de besarla, ella se resistió y luchó por salir del vehículo. Al fin lo consiguió, perdiendo parte de su atavío, así como un zapato, y pudo echar a correr.

Fue sorprendida por un grupo de jóvenes, todos totalmente ebrios y drogados, que bailaban en torno a una estatua. A Marta no le importó que los jóvenes bailasen en torno a ella. Luego, riendo y gritando, le dieron de beber de una botella, donde habían mezclado drogas alucinógenas.

A partir de aquel momento, Marta ya no recordó nada hasta veinticuatro horas después, cuando se despertó en una buhardilla, en un barrio viejo de París, tendida en un rincón, casi sin ropa... Y a su alrededor yacían más de una veintena de jóvenes, de ambos sexos, en confusa promiscuidad.

Uno canturreaba. Otro gemía. En una habitación contigua, una pareja se hacía el amor en plena borrachera. Era algo ofensivo, ultrajante y vergonzoso, y Marta no comprendió cómo pudo unirse a aquel grupo.

Logró hacerse con un abrigo y unos zapatos, que le venían

grandes, y abandonó aquel horrible lugar, sin tener la seguridad de no haber realizado algún acto vergonzoso.

Pero la fiesta universal no había terminado. En la calle, la gente continuaba gritando, bebiendo, destruyendo y gozando, pese a que las autoridades, advertidas ya del desenfreno popular, arrestaban sin consideración casi a todo el mundo.

Por culpa de un joven ebrio, que trató de abrazar y besar a Marta, a pesar de que ella se resistía, gritando desaforadamente, intervino un gendarme y la emprendió a golpes de porra con ambos.

El joven logró escapar, pero Marta fue detenida, pese a sus protestas, introducida en un furgón policial, lleno de mujeres y hombres que armaban un escándalo fenomenal, y conducida a prisión.

Durante el trayecto, dentro del furgón, Marta perdió el abrigo y la escasa ropa que llevaba. Alguien se propuso abrazarla y la algarabía que se armó tuvo que sofocarla la policía a golpes de porra, sin miramientos de ninguna clase.

Luego, entre más de cincuenta mujeres, Marta fue obligada a penetrar en un calabozo. Y no todo el mundo allí era alborotador. No valían protestas. Las autoridades decidieron encarcelar a todo el que no se comportase dignamente por la calle, y Marta parecía haber infringido la ordenanza.

Le dieron una manta para cubrirse y permaneció detenida sólo un día, porque un agente, al salir de guardia, fue a su apartamiento, donde Janet le entregó dos mil francos.

Janet tenía huellas de haber pasado tres días de algarabía. Fue ella, en compañía del agente, quien pagó la fianza y esperó a su señora con ropa. Luego, regresaron juntas al apartamiento.

— ¿Y Vic, Janet?

— Llegó poco antes de las doce de la noche, el último día del año. Preguntó por usted y… Como no sabía dónde estaba…

— ¡Oh! —fue todo lo que dijo Marta.

Una vez en casa, después de asearse y lavarse, Marta pensó en todo lo que le había sucedido y se echó a llorar sobre el lecho. Posiblemente Vic estaría buscándola por todas partes. Pero ¿y si le había ocurrido algo?

Rechazó inmediatamente este pensamiento. Vic Haggen no era como los demás. Él no podía ser detenido, ni maltratado, ni

pisoteado, ni humillado por ebrios y drogadictos...

— ¡Él está por encima de todos nosotros! ¡Él no es humano! ¡Él no puede perdonar que yo me hubiese ido, después de esperarle todo el día, angustiada! ¡Él sabe lo que he estado sufriendo, porque lo ve todo y lo sabe todo, y no ha hecho nada por sacarme de allí!

»¡Él es... un monstruo mental, al que odio con toda mi alma y con el que jamás debí casarme!

Marta llegó al fin a formularse aquel sentimiento que permaneció oculto en su subconsciente desde hacía tiempo. Ahora lo exteriorizó. Y sintió pena de sí misma, de todo cuanto había hecho, ¿y hasta del propio Vic, al que suponía infinitamente superior a todo ser humano!

— ¡Estés donde estés, Vic, sé que puedes oírme! ¡Eres abominable y te odio! ¡Tú has podido ayudarme, librarme de cuanto me ha sucedido, debiste protegerme, porque soy tu esposa!

»Y te has ido a socorrer a otros, mientras yo, indefensa, necesitaba de ti.

Después de esto, Marta decidió regresar a los Estados Unidos. En breve tiempo recogió lo más imprescindible y se trasladó al aeropuerto más próximo, dejando a Janet al cuidado del apartamiento y con un mensaje para Vic, si aparecía:

»—Dile que no quiero saber nada más de él... Que me olvide, si es que puede, y que por mí puede seguir dedicándose a sus obras filantrópicas. No me será difícil obtener el divorcio, cuando los tribunales sepan que me he casado con un monstruo interplanetario.

* * *

El profesor Brennan acogió a su sobrina con los brazos abiertos, la acompañó hasta su antigua habitación y allí la dejó llorar todo lo que quiso. Mientras, él trataba de localizar a Vic Haggen, sin éxito.

La casualidad, sin embargo, quiso que Johnny Bluckman recibiera un informe de uno de sus agentes. Sue Harper se lo pasó inmediatamente. El informe decía: «La mujer de «A.A.S.» ha dejado París y se ha trasladado a Tulsa, Oklahoma. Ha venido sola».

— Por favor, profesor Brennan, ¿puedo hablar con Marta?

— ¿Quién es usted?

— Soy amigo suyo.

— ¿Qué nombre le digo?

— Bluckman... Johnny Bluckman.

— Sí, señor Bluckman. Aguarde un momento. Mi sobrina sufre una aguda crisis. Pero se lo diré—. Pocos instantes después, Anthony Brennan decía de nuevo a Bluckman, por teléfono—: Lo siento. Marta no quiere escucharle.

Y tras haber dicho esto, Brennan colgó el auricular.

Sin perder un momento, Johnny ordenó preparar uno de sus aviones. Voló a Tulsa y, dos horas después, llamaba a la puerta del profesor Brennan.

— Tengo que hablar con Marta, quiera ella o no. Dígale que soy Johnny Bluckman — manifestó al profesor.

Anthony Brennan hizo pasar a Johnny a una salita y fue a ver a su sobrina. En esta ocasión, Marta apareció ante Johnny, cabizbaja y con los ojos enrojecidos.

— Es mejor que no insista. Supongo que le envía Vic.

— No, te equivocas. Ni siquiera sé dónde está Vic, Pero he sabido que has vuelto y tenía que hablarte

— ¿Para qué?

— He perdido el rastro de Vic. Necesito saber dónde está.

— Yo no lo sé.

— ¿Le viste cuando regresó de su viaje al mar del Japón?

Marta negó con la cabeza.

— Entonces, ¿no lo sabes? —preguntó Johnny.

— ¿Qué?

— ¡Que Vic ya no es un superhombre!

— ¡No! —exclamó Marta.

— Agotó todo su poder haciendo algo que no me entra en la cabeza. Para sacar a los tres científicos rusos del fondo del océano, se agotó totalmente. Le dije que se sometiera de nuevo a la alta tensión, porque entiendo que la Humanidad necesita de sus servicios. Pero él se negó terminantemente.

— ¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

— ¡Oh, entonces...! Hay que encontrarle.

— Sé que estuvo en casa. Llegó poco antes de las doce de la noche, la última noche del año.

— Sí, acababa de despedirse de mí, cerca de El Havre. Fue

directamente a París. Quería llegar a tiempo para estar contigo cuando tocasen las doce campanadas.

— ¡Oh!

— ¿Te habías ido?

— Sí... Y no me halló.

— ¡Cielo santo! ¡Algo debió sucederle! ¡Han sido días terribles en las principales capitales del mundo! ¡En Nueva York, concretamente, la fiesta lleva ya un número de accidentes diez veces superior al previsto! ¡París no ha sido una excepción!

— Yo estuve allí y... — Marta se cubrió el rostro con las manos y se echó en una butaca, rompiendo a llorar.

Comprendiendo el significado de aquel llanto, Johnny sacó un estuche del bolsillo y lo abrió. Dentro había una pequeña radio. Conectó varios diales y dijo:

— Aquí «B-45-0»... Hay que tratar de localizar a «A.A.S.» en París. Movilicen todos los agentes que sean precisos. Pregunten a la policía, en los hospitales... ¡Donde sea! ¡Quiero saber dónde se encuentra! ¡Esta orden tiene prioridad absoluta!

* * *

Alguien más había dado una orden semejante, diez horas antes que el jefe del «Bureau Central» norteamericano. Y el resultado fue casi inmediato. Un agente de la N.K.V.K. localizó a Vic en el hospital general parisino, por medio de una fotografía que alguien tomó en el buque oceanográfico «Sebaskaya-II», cuando Vic fue sacado inconsciente del interior del batiscafo.

Efectuada la localización y avisado el jefe de la N.K.V.K., general Igor Clarke, éste ordenó el secuestro de Vic, previa administración de un somnífero, que alguien hizo beber al enfermo.

Después, dos enfermeros, con una camilla, sacaron el cuerpo del hospital, mostrando unos documentos hábilmente falsificados. En una ambulancia, Vic fue trasladado a una finca de las afueras de la capital francesa.

Allí, convenientemente «embalado» en una caja cuyo rótulo decía maquinaria, fue enviado al aeropuerto, donde le embarcaron en una nave soviética, con destino a Moscú.

Seis horas después, Vic se encontraba cómodamente instalado en

una habitación secreta, dentro de un edificio de aspecto comercial, en el corazón de Moscú, donde el propio general Igor Clarke, acompañado de tres de sus más allegados colaboradores, trataban de hacer volver en sí al paciente.

Había un médico allí, cuya labor terminó en cuanto Vic abrió los ojos y miró a su alrededor, sin comprender lo que le había ocurrido ni poder averiguar dónde se encontraba.

— Es un placer conocerle, señor Haggen — dijo Igor Clarke.

Vic miró al hombre de edad que tenía delante, vestido con ropas oscuras y manos ensortijadas — cada uno de aquellos anillos era una obra de arte de la electrónica en miniatura — y que le sonreía con una fila de bien moldeados dientes de oro.

— ¿Quién es usted?

— El general Igor Clarke, jefe del Servicio Secreto Soviético.

— ¡Ah! ¿Y dónde estoy?

— En Moscú. Es usted huésped especial de nuestro gobierno. Vamos a declararle héroe mundial, por el salvamento que realizó usted en el fondo del océano de tres eminentes científicos, compatriotas míos.

— ¿Compatriotas de usted? Yo tenía entendido que era usted de nacionalidad norteamericana.

— Nací en los Estados Unidos... En San Francisco, pero soy ruso, desde hace muchos años. Uno no es de donde nace, sino de donde vive.

— Bueno... Estoy muy mal.

— Aquí tendrá usted los mejores médicos.

— No importa... La verdad es que no tengo muchas ganas de vivir.

— ¡No diga usted eso, señor Haggen! Sabemos muy bien quién es usted. No importa donde haya nacido. Aquí gozará usted de mayores ventajas que en América.

»Por eso le hemos traído. No tiene más que decirnos lo que quiere y será puesto a su disposición. Yo creo que la Academia de Ciencias de Moscú le acogerá con los brazos abiertos.

Vic sonrió con tristeza.

— Hace una semana, seguramente, sí. Ahora de poco les voy a servir.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Sencillamente. Ustedes me han traído aquí, sin consultarme, para convencerme de que colabore con ustedes en el desarrollo de sus ciencias. Pero mi energía se ha ido. Ahora soy un hombre enfermo, agotado, sin deseos de vivir… Y, en tales condiciones, de poco les puedo servir.

Igor Clarke sonrió.

— Según un informe que he leído, tiene usted la facultad de aparecer y desaparecer como por arte de magia.

— Tenía esa facultad. Le repito que ya no la tengo. Toda mi energía se quedó en el fondo del mar.

— Bueno, es posible. Pero donde ha habido, siempre queda algo. Y, por otra parte, nosotros tenemos tanta capacidad técnica y científica como los occidentales para proporcionarle los medios necesarios para que recobre usted su extraordinario poder.

— No lo dudo. Por instalaciones de alta tensión no ha de ser. Lo que ocurre es que yo no quiero volver a tener ese poder.

— ¿No quiere usted?

— No.

— ¿Y por qué no quiere?

— Muy sencillo. Antes, era yo algo así como algo monstruoso, horrible e inhumano, con poder sobre vidas y riquezas, capaz de destruir, aniquilar y sacudir el mundo… Pero no fui capaz de conseguir el amor de mi esposa.

»Y quiero ser como los demás. Por eso, al agotar mi energía, he decidido no volver a ser un engendro producido por una terrible descarga eléctrica.

Igor Clark guardó unos instantes de silencio, durante los cuales miró a sus silenciosos colaboradores. Al fin, con un suspiro, dijo:

— ¿Puedo tratar de convencerle para que recupere usted ese poder y colabore con nosotros en diversas cuestiones científicas de la máxima importancia?

— No, no puede.

— Piense usted que soy muy obstinado, señor Haggen. Y puesto en la desagradable obligación de tener que persuadirle, mis métodos podrían ser nocivos para usted.

— ¿Me amenaza?

— No, sólo le advierto.

— ¿Ignora usted que si pudiera recobrar esos poderes no hay

nadie en este país capaz de obligarme a que colabore contra mi voluntad en algo que ya he negado hasta mis mismos compatriotas?

— Sí, sé que ha tratado usted con mi admirado «B-45-0». Y eso me ha incitado a la lucha. Esto no es América, amigo Haggen. Aquí tenemos unos métodos más directos. O se hace lo que interesa a la comunidad, o se pagan las consecuencias.

— ¿Es otra advertencia?

— No, muchacho… ¡Esto sí que es una amenaza!

Al terminar de decir esto, Igor Clarke dio media vuelta y abandonó la estancia, para salir seguido de sus colaboradores. Y su arrugado rostro tenía una expresión nada halagüeña.

Vic Haggen no se preocupó en absoluto. Le importaba muy poco lo que pudiera ocurrirle. En realidad, no le importaba nada en absoluto.

Incluso morir le tenía sin cuidado… ¡Casi lo deseaba!

Capítulo X

¡Y EL HIJO DEL RAYO!

El hombre que entró detrás del general Igor Clarke era el Dr. Gromver, director de la expedición oceanográfica al fondo de la fosa del Japón.

Vic les miró a ambos. Vio también a los dos agentes armados de la N.K.V.K. que se quedaron en la puerta.

Gromver se acercó al sillón donde estaba Vic. Sonreía abiertamente, al saludar:

— ¿Cómo está usted, señor Haggen?

Vic prefirió más no responder.

— ¿No me recuerda? Nos conocimos en el «Sebaskaya-II», hace una semana.

— Sí.

Igor Clarke, mientras encendía un cigarrillo del apestoso tabaco que solía fumar, eligió otra butaca junto a Vic.

— Le traigo saludos muy expresivos y afectuosos del profesor Korsoff y sus colaboradores.

— Gracias. ¿Qué más?

El Dr. Gromver no pareció desconcertarse por aquel hostil recibimiento. E insistió:

— Hemos redactado un informe al gobierno y a la Academia de Ciencias. Estoy seguro de que será usted condecorado, galardonado con el título de héroe nacional...

Mirando a Igor Clarke, Vic atajó:

— ¿Va a durar mucho?

— No. Podemos abreviar. Un hombre, con uniforme de aviador yanqui, fue a buscarle a usted al «Sebaskaya-II»— dijo Igor Clarke brevemente—. Dijo llamarse Johnny Bluckman. Parecía ser muy amigo de usted. Aquí tengo una fotografía robot de ese individuo, y

se parece extraordinariamente a otro sujeto, por el que tengo especial y extraordinario interés.

Vic ni parpadeó siquiera. Tampoco habló.

— ¿Puede usted decirme si su amigo Johnny Bluckman tiene relación con el «Bureau Central» norteamericano?

— No.

— ¿No, qué? ¿No tiene relación o no quiere usted decírmelo?

— Era un hombre muy joven — dijo el Dr. Gromver.

— Joven y audaz. Odio a los jóvenes, señor Haggen. Voy a decirle algo más. El profesor Korsoff desea invitarle a comer pasteles hechos en casa. Yo podría dejarle ir. No es correcto mantener aquí encerrado a un héroe de la Unión Soviética. ¿Lo comprende?

— Me estoy reponiendo de mis lesiones sufridas en París, la noche de fin de siglo.

— Nuestro médico dice que está usted mejor y que puede soportar el tratamiento.

— ¿Qué tratamiento? — preguntó Vic.

— Uno, muy especial, que solemos dar a nuestros amigos. Usted es inteligente y se comportará con rectitud y corrección cuando vaya a ver al Secretario General del Partido.

— ¡Ah, entiendo! Van a inyectarme un suero.

— Una pequeña dosis de cloramina. Es inocuo.

— Escuche, general Clarke — dijo Vic seriamente—. El Dr. Gromver le dirá lo que vio en el «Sebaskaya-II». No soy hombre con el que se pueda jugar.

— No pretendo jugar con usted, amigo mío — contestó Igor Clarke.

— Piense lo que voy a decirle. Ahora soy un hombre como cualquier otro. Estoy indefenso, a merced de ustedes y de su fuerza armada. Pueden inyectarme, someterme y doblegarme, lo que sería injusto, dado que yo he colaborado desinteresadamente en el salvamento de tres científicos, sin presentar factura por ello.

»Pero ustedes son egoístas. Temen que mi poder, al servicio de la democracia de mi país — en la que no creo en absoluto — podría perjudicarles. Y por ese motivo me ha secuestrado y me han traído aquí.

— Justamente — dijo Igor Clarke, sin inmutarse—. Pensamos

que, con nosotros, como huésped distinguido, aunque no quiera ayudarnos, al menos tampoco nos perjudica.

Vic no pudo por menos que sonreír. Y dijo:

— Esa táctica puede ser fatal, general Clarke. Por lo que le hayan contado el Dr. Gromver y el profesor Korsoff, sabrá que mi cerebro no es una futesa, y que, utilizando mi capacidad mental, podría convertir en cenizas este país, cuanto menos a usted. Imagine que finjo colaborar con ustedes, les digo cómo obtengo mi energía, me facilitan los medios para recobrarla y luego...

— Todo está previsto. La cloramina le hará un fiel amigo nuestro — dijo Igor Clarke—. Y, si luego trata usted de causarnos daño, un insignificante circuito electrónico, situado en su espalda, le fulminará en el acto.

— ¿Quiere usted hacer la prueba, general Clarke? — preguntó Vic, en tono desafiante.

— No vayamos tan aprisa. Hablemos de Johnny Bluckman otra vez —dijo el jefe de la N.K.V.K., aspirando de su cigarrillo —. Por ejemplo. He tenido noticias de que una instalación industrial subterránea, situada en la República de Kalahari, fue desmantelada así... ¡Como usted llegó al «Sebaskaya-II», por arte de magia!

»Luego, el Secretario de Estado norteamericano presentó un informe en las Naciones Unidas, en el que se denunciaba algo así como una invasión, todavía inofensiva, de seres negros procedentes de otro mundo.

»¿Y dice usted que no ha intervenido en asuntos políticos?

— Confieso haber ayudado al «Bureau Central» en esa cuestión.

Igor Clarke se animó.

— ¿Conoce a «B-45-0?

— Sí.

— ¿Es Johnny Bluckman?

— Sí.

— ¡Ah! —Esta exclamación del general Igor Clarke condensaba la plena satisfacción que sentía—. Gracias, camarada Haggen.

— No me las dé usted. No las merezco — contestó Vic—. Es una muestra de mi ecuanimidad. Tiene usted tanto derecho a conocer a su peor enemigo, como él de conocerle a usted.

— ¿Quiere usted decir que él me conoce a mí?

— ¡Naturalmente!

Esto ya no gustó tanto a Igor Clarke.

— «B45-0» tiene una hermosa fotografía de usted en su despacho. Lo que no sabe es dónde encontrarle. Si lo supiera, le enviaría afectuosos saludos y un grato mensaje de despedida.

»Ahora, creo que están ustedes en igualdad de condiciones. Que venza el mejor. Aunque, a decir verdad, no veo la razón del encono que se tienen ustedes. Sí, como parece, Oriente y Occidente pueden entenderse en muchos aspectos y colaborar entre sí, ¿por qué han de sostener ustedes esta guerra sorda y particular?

— ¡Hace poco me eliminaron un valioso agente en Miami!

— Y poco antes había eliminado usted tres, aquí. No. Perdone, Igor Clarke. Me está usted dando ideas de volver a recobrar mi energía mental y aplastar a todos los tipos rencorosos y perversos que existen en este mundo.

— No le daré esa oportunidad — dijo Igor Clarke—. Recobrará usted su poder mental, sí. Pero será en beneficio de nuestro sistema, y no del caduco, oprobioso y maligno sistema democrático, en el que ni siquiera usted mismo cree.

* * *

Le hicieron bajar del coche. La escolta armada le rodeó inmediatamente. Igor Clarke señaló el edificio oscuro que tenían delante.

— La central eléctrica de Noginsk, amigo mío. Ochenta millones de kilovatios vibran en su interior. ¿Tendrás suficiente?

Vic no respondió. Estaba hipnotizado y sojuzgado. Un extraño psiquiatra, después de haberle inyectado cloramina, le había sumido en el estado de inconsciencia sumisa y dócil en la que se encontraba. Su cerebro había sido leído y escudriñado atentamente por varios neuropsiquiatras y el complicado informe estaba ahora en poder del general Igor Clarke.

El resultado de todo aquello, después de casi un mes de especulaciones y consultas, era aquél: Vic Haggen estaba siendo conducido a la central eléctrica de Noginsk, donde iba a ser sometido a «tratamiento de alto voltaje».

Igor Clarke estaba seguro de haber pescado un buen pez. Creía tener el anzuelo y la caña en buenas condiciones y no esperaba

sorpresas. La actitud del prisionero, su docilidad en los «Tests» y, en especial, dócil comportamiento, hacían prever que todo saldría bien.

Sin embargo, Igor Clarke estaba preparado para imprevistos y varios especialistas de su sección, armados con minúsculos propulsores de rayos láseres, estaban dispuestos a matar, si llegaba el caso.

Vic Haggen, escoltado convenientemente, fue introducido en el interior de la central eléctrica, donde se les esperaba. Los ingenieros miraron a Vic con curiosidad y alguno sacudió la cabeza con desconfianza.

Luego, el nutrido grupo se dirigió hacia el interior de la planta de energía eléctrica, hasta detenerse ante una gran puerta, que daba acceso al laboratorio principal.

Allí, cuatro hombres, provistos de trajes aislantes, se hicieron cargo de Vic. Los otros se quedaron fuera y se situaron ante una ventana protegida por recios cristales.

Una vez dentro del laboratorio de experimentación, Vic fue llevado hasta una plataforma metálica circular, sobre la cual había suspendido un enorme cátodo.

Los técnicos enfundados en sus trajes aislantes situaron a Vic como si fuese a ser electrocutado, sentándole sobre una silla metálica y sujetándole de manos y pies.

Luego, los cuatro se retiraron, situándose ante un gran tablero de mandos. Antes de ejecutar la misión que se les había encomendado, el jefe de la operación se volvió y miró hacia donde estaba Igor Clarke, fumando nerviosamente uno de sus apestosos cigarrillos.

Igor Clarke asintió con la cabeza.

El técnico asintió también y, con un gesto brusco, empujó una palanca.

En el mismo instante, una intensa llamarada azul y roja envolvió a Vic Haggen, fulminándole con su tremenda energía eléctrica.

Al disiparse los efectos de la terrible descarga, todos pudieron ver la figura desnuda y negra volcada sobre la silla metálica.

Los técnicos, envueltos en sus trajes aislantes, corrieron hacia allí Vic fue soltado de las abrazaderas y sacado rápidamente al exterior, donde un médico, con un equipo portátil, le examinó con

todo cuidado.

— ¿Qué? — preguntó Igor Clarke.

— Sí, vive... Pero algo ha cambiado en él. No está igual que antes.

— No, desde luego. Ha absorbido electricidad suficiente para mover cien mil motores — dijo Clarke.

— Eso debe ser... No lo comprendo.

— No se preocupe de nada más, doctor. Aplíquele el control de radio a la espalda y llevémosle a la ambulancia. Ahora necesita recuperarse.

La escolta, con las armas dispuestas, había rodeado al inconsciente Vic Haggen. El médico aplicó un objeto plano a la negra espalda del impresionante Haggen, fijándoselo por medio de unos puntos de sutura que perforaron la piel, sin hacer brotar sangre alguna.

Luego, envolviendo al inconsciente Haggen en una sábana previamente dispuesta lo transportaron en brazos hasta el exterior, donde fue instalado en una ambulancia.

De allí lo llevaron de nuevo a Moscú y, una hora después, Vic yacía en la habitación que había ocupado desde el primer día de su llegada, en aquel edificio de apariencia comercial, situado en el corazón de Moscú.

Ocho hombres armados permanecían continuamente junto al «electrocutado». Igor Clarke también estaba allí, fumando incansablemente, paseando arriba y abajo y dando breves órdenes a través del teléfono interior.

Estaba amaneciendo cuando se produjo una llamada en la puerta.

Igor Clarke brincó y fue a descorrer el pestillo. Fuera, cuatro agentes de la N.K.V.K. rodeaban a Johnny Bluckman, quien sonreía cínicamente.

— ¡Ah! —exclamó Igor Clarke, satisfecho—. Pasa, mi joven amigo.

Johnny Bluckman llevaba esposas en las muñecas. Iba vestido con elegancia y no parecía preocupado. Al entrar miró hacia el lecho donde yacía Vic Haggen. Su sonrisa se eclipsó instantáneamente.

Se volvió a Igor Clarke, furioso, y exclamó:

— ¡Debí suponerlo! ¡Maldito traidor!

— No pierdas la calma, colega — le objetó Igor Clarke—. La vida es puro juego. Se gana o se pierde. Esta vez te ha tocado a ti.

— ¿Qué le habéis hecho?

— Lo necesario.

— Si le has aplicado alta tensión eléctrica, su cerebro te aniquilará — advirtió Bluckman.

— Haggen es dócil y sumiso — dijo Igor Clarke—. Hoy es el día más feliz de mi vida… ¡Da gusto cuando ocurren estas cosas!

— ¿Cómo pudiste localizarme, Igor?

— Él me facilitó los datos.

— ¡Ya! Es muy propio de Vic. Es un apasionado de la igualdad de derechos.

— Exacto. Dijo que tú me conocías. Yo a ti, no. Me dijo cómo te llamabas; de lo demás se han encargado mis mejores hombres. ¿Qué tal el viaje?

— Perfecto. ¿Qué hacemos ahora?

— Esperar a que él se despierte.

Igor Clarke señaló hacia el lecho.

— Tengo curiosidad por conocer el desenlace — dijo Johnny.

— Sólo habrá desenlace para ti, mi admirado amigo. Él mismo te lo dirá. Su primera demostración de sumisión consistirá en destruir tu mente. Yo no quiero tu muerte, «B-45-0». Es mejor que pierdas la memoria, la inteligencia y que tu cerebro se desequilibre para siempre.

»Podrás volver a los Estados Unidos y residir en un manicomio toda tu vida, que será larga…

— Muy propio del prestigioso general Igor Clarke, eminencia gris de este incomprendido país, donde el miedo al occidente, después de tantos años de revolución, sigue siendo un obstáculo de entendimiento sincero y progresivo.

»Lástima. Al final, pese a todos nuestros esfuerzos, habremos de recurrir a la guerra. Y las consecuencias las lamentará el mundo entero.

— ¿Crees que la guerra me asusta, Johnny Bluckman? ¡Voy a cumplir sesenta y dos años!

— Yo sólo tengo veinticinco y me habría gustado vivir en paz.

— Ya es tarde… ¡Acuérdate de Finlery!

— ¡Y usted de Joe Koch! —gritó Johnny.

Aquel grito llegó hasta la mente dormida de Vic Haggen, quien se recobró, abrió los ojos y miró en torno suyo. Un vistazo de sus extraños ojos sin pestañas fue suficiente.

Y su cerebro se puso a trabajar en el acto.

Ciento ocho hombres sufrieron en aquel instante preciso una extraña suerte. Se esfumaron de los distintos lugares donde se encontraban, en aquel mismo edificio y fuera de él… ¡Desaparecieron sin dejar huella, sin poder hacer ni un gesto, ni hablar siquiera, para no aparecer en parte alguna!

Entre ellos estaba el general Igor Clarke y su escolta armada.

Johnny se encontró, de súbito, solo con Vic Haggen.

— ¿Dónde están?

— Se han ido directamente al Más Allá — dijo Vic, sin moverse.

— ¿No volveremos a verlos?

— No… Hazme un favor, Johnny. Córtame el catgut de la placa que llevo a la espalda —se volvió, ofreciendo su espalda a Johnny, quien con un cortaplumas, le arrancó el objeto con el que Igor Clarke se proponía controlarle.

— ¿Qué es esto?

— Una imbecilidad de tu adversario. Se creyó muy listo.

— ¿Tú me denunciaste?

— Sí.

— ¿Por qué?

— No me gustan los ventajistas.

— Debo recordarte que, en una ocasión, me reprochaste el pretender tu ayuda con fines personales. Te entendí bien y te lo agradecí. Si yo conocía a Igor Clarke y él no me conocía a mí, es un mérito propio.

»Por tu sentido de la igualdad, has estado a punto de verme muerto. La egolatría de Igor Clarke le impidió matarme donde me encontraron y…

— Sé dónde te encontraron, Johnny.

«B-45-0» no se inmutó.

— Ella no te ha querido nunca, Vic. Perteneces a otra especie.

— Bien. Correcto. Pero sigue siendo mi esposa.

— Tu matrimonio quedará anulado en breve.

— ¿Va a ser feliz contigo, Johnny?

— Haré todo lo que esté a mi alcance... ¡Si tú quieres, naturalmente!

Vic no respondió. Respiró entrecortadamente y cerró los ojos.

(— Marta, lo siento — dijo.

»— ¡Oh, Vic, al fin! ¿Dónde estás? ¡Necesito tu ayuda! ¡Johnny Bluckman...!

»—No te preocupes por él. Está conmigo. ¿Le quieres?

»— ¡Sí, con toda mi alma! ¡Necesitaba alguien como él, enteramente humano, que me comprendiera! Vino a verme. Le expliqué todo lo que me había sucedido y me comprendió.

»—Bien. Creo que es mejor así. Yo he jugado a ser feliz y he perdido. Me deslumbró tu belleza. Luego, la soledad del fondo del mar me engañó.

»Tienes razón, Marta. Mi destino es otro. Ahora lo he comprendido. Debo velar por tu felicidad y por la de todos los seres humanos. Es mi sagrado deber.

»No estaré lejos de ti. Espero que conozcas mis obras, allí donde las veas. Voy a dedicarme a terminar con la corrupción y la podredumbre... ¡Exterminaré a todo el que lo merezca! ¡Acabaré con la maldad y el vicio!

»La humanidad podrá vivir tranquila a partir de ahora, pues mientras yo tenga poder y energía para desarrollar mi misión, estaré velando por ella.

»Gracias por la felicidad que me diste. Gracias por tu belleza, que me endulzó el mejor año de mi existencia. Gracias, Marta... Dale a Johnny lo que a mí no supiste darme. Él vale mucho.

»— ¡Oh, Vic! ¿No me guardas rencor?

»— ¡No, en absoluto! Soy la única persona que puede comprenderte sin error. Adiós, Marta. Velaré por tu felicidad.)

Vic abrió los ojos y tendió la mano a Johnny, diciéndole:

— Vuelve con ella, Johnny. Yo me quedaré aquí un rato y luego emprenderé mi camino.

— ¿No nos volveremos a ver?

— No. Pero tendrás noticias mías. Ahora voy a dedicarme un poco a la política, donde existe mucho que arreglar. ¿Qué dijiste una vez de la futura federación mundial?

— ¡Tú podrías hacerla!

— Lo haré, Johnny. Te prometo que la haré... ¡Y tendremos un

senado limpio, y un pueblo sano, y una justicia auténtica…! ¡Y amaremos dignamente a Dios!

FIN